

HEREDIA ♦ CARTAGO ♦ SAN JOSE ♦ ALAJUELA ♦ LIMON

♦
G
U
A
N
A
C
A
S
T
E
J

♦
P
U
N
T
A
R
E
N
A
S
J

REVISTA

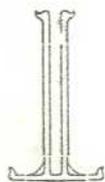
— DE —

COSTA RICA

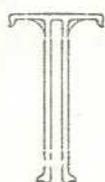
(PUBLICACION MENSUAL)

SUMARIO

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA DE CENTRO AMÉRICA POR ROBERT GLASGOW DUNLOP Traducido del inglés por.....	<i>R. Fernández Guardia</i>
APUNTES SOBRE LOS INDIOS BRIBRIS DE COSTA RICA..	<i>Rev. Agustín Blessing</i>
COSTA RICA, SU OROGRAFÍA E HIDROGRAFÍA.....	<i>Henri F. Pittier</i>
UN VOLCÁN OLVIDADO.....	<i>R. Fernández Peralta</i>
EL NATURALISTA MOCIÑO...	<i>R. Heliodoro Valle</i>
RECUERDOS DE UN VIAJE A CHIRRIPO.....	<i>Gastón Michaud</i>
APUNTES HISTÓRICOS.....	<i>José Francisco Peralta</i>
LA JURA DE D. LUIS I.....	<i>R. Fernández Guardia</i>
A LOS CIUDADANOS PATRIOTAS Y A LAS DAMAS DE COSTA RICA.....	<i>Gumersindo Busto</i>



Año III



N^{OS.} 4-5



SAN JOSÉ, COSTA RICA

DICIEMBRE 1921 Y ENERO 1922

COLABORADORES:

Don Cleto González Víquez, don Ricardo Jiménez, don Manuel M. de Peralta, don Valeriano F. Ferraz, don Pedro Pérez Zeledón, don Ricardo Fernández Guardia, don Carlos Gagini, don Anastas Alfaro, don Rafael Villegas, don Francisco Montero Barrantes, don Enrique Jiménez Núñez, don J. Fidel Tristán, don Alejandro Alvarado Quirós, don Claudio González Rucavado, don Gustavo L. Chaud, Rev. P. Agustín Blessing, don Miguel Obregón, don Manuel Quesada, don Elías Leiva, don Luis Felipe González, don Matías Gámez Monge, don A. Esquivel de la Guardia, don Eladio Prad, don J. L. André-Bonnet, don Hernán G. Peralta, don Ricardo Fernández Peralta, don Otón Jiménez.

REVISTA — DE — COSTA RICA

PUBLICACION MENSUAL

Número suelto 50 Cts. — Año ₡ 5.00

PRECIO DE AVISOS POR INSERCIÓN

UNA PLANA ₡ 12.00 MEDIA PLANA ₡ 8.00

ADVERTENCIA

Siendo el único objeto de esta Revista, el de propagar toda clase de estudios patrios, la Dirección acepta y solicita cualquier trabajo que sea de la índole para el cual está fundada y dará su publicación si lo cree de interés general.

Toda correspondencia se dirige al Director

No se devuelven originales y los autores son responsables de sus escritos

Revista de Costa Rica

(Publicación mensual) . . .

AÑO III | SAN JOSÉ, C. R., DICIEMBRE DE 1921 Y ENERO DE 1922 | Nos. 4 y 5

Director Propietario: J. FCO. TREJOS QUIRÓS. — Ap. de Correo No. 950

Fragmentos de la Historia de Centro América de 1821 a 1846

por Robert Glasgow Dunlop

Traducido del inglés por Ricardo Fernández Guardia

(Concluye)

CAPITULO VII

.....

La parte de Costa Rica en que está concentrada la población es una altiplanicie. Cartago, la antigua capital, tiene casi la misma temperatura de Guatemala por término medio; pero como está del lado nordeste de la cordillera, las estaciones de lluvia y de sequía se encuentran invertidas, empezando las lluvias en noviembre para terminar en abril o mayo. San José, la nueva capital, y las otras dos ciudades de alguna importancia, Heredia y Alajuela, tienen un clima de algunos grados más caliente, pero las lluvias duran en ellas un mes más que en los Estados de Guatemala, San Salvador y Nicaragua, empezando a fines de abril para terminar a principios o a mediados de noviembre.

.....

Los productos vegetales de Centro América son tal vez más variados que los de cualquiera otra parte del mundo. Si el país estuviera en poder de un pueblo industrial y emprendedor, no podría dejar de ser uno de los más ricos del globo; pero en la actualidad los únicos productos de alguna importancia son: cochinilla, índigo, café y palo del Brasil. Los tres primeros podrían ser producidos en cualquiera cantidad en muchas partes de la República, y quizás con mayor ventaja que en todas las demás de América; pero hoy día, los únicos lugares que tienen algo que se acerque a industria, son el pequeño Estado de Costa Rica y las ciudades de Antigua Guatemala y Amatitlán.

El Estado de Costa Rica no producía nada en tiempo de los españoles. Su único artículo de exportación era una pequeña cantidad de oro, producida por el Monte del Aguacate; pero desde la introducción del café... ha hecho tan rápidos progresos que en este año, 1846, se han exportado 70.000 quintales, que valen en el puerto de Puntarenas siete pesos y medio cada uno, y se espera que la exportación del año venidero llegará a 100.000 quintales, estacionándose probablemente en esta cantidad hasta que crezca la población, porque los habitantes actuales apenas bastan para trabajar las plantaciones existentes. Cerca de Alajuela se fabrica azúcar de chancaca, habiéndose exportado anualmente 200 toneladas durante algunos años; pero apenas se produce un poco más de lo necesario para el consumo del Estado. El tabaco de Costa Rica es de una calidad muy superior y de él se surte el Estado, así como el de Nicaragua; está monopolizado por el gobierno y se vende al menudeo, para el consumo interno, a cuatro reales la libra, y a dos o tres reales para el abastecimiento de Nicaragua. Caso de que el cultivo del café cesare del todo o parcialmente, esto podría ser un artículo importante de exportación, toda vez que muchas gentes lo consideran enteramente igual al mejor tabaco que produce la isla de Cuba.

Cerca de la costa hay grandes campos de añil silvestre que los naturales manufacturan en poca cantidad, del mismo modo que la planta cultivada en San Salvador; una canoa cavada en un gran tronco de árbol suple el estanque, y dos hombres con canaletes comunes hacen las veces de la rueda para revolver el agua, a fin de dar el color que se desea. También hay cerca de la costa dos o tres haciendas de añil, que producen unos pocos fardos que se consumen todos en el Estado; pero el gran éxito de las plantaciones de café ha hecho abandonar casi todo lo demás. Sin embargo, cerca de San José se cultiva todavía bastante trigo para el consumo de la ciudad; pero con todo, es poco; porque allí, como en el resto de Centro América, se da preferencia a las tortillas.

En el Monte del Aguacate, en el camino del puerto de Puntarenas a San José, la capital de Costa Rica, se han trabajado varias minas de oro muy provechosas; una de ellas la poseían hasta hace unos seis años los señores Giralte y Espinach, dos españoles, quienes en corto tiempo sacaron un beneficio neto de más de 200.000 pesos. Después vendieron la mina a una compañía inglesa de particulares, que todavía la está explotando, y, según dicen los naturales, sigue siendo tan rica como siempre; pero creo que la compañía no ha sacado nunca ningún dividendo de los productos, aunque se dice que la mayor parte de los empleados de la mina se han hecho, de un modo o de otro, de buenas sumas de dinero. Cerca del

mismo lugar están dos minas explotadas por un inglés llamado Philips (que entiendo es un simple minero casi sin ninguna educación) y varias otras que trabajan los naturales; pero como los labradores prefieren trabajar en las plantaciones de café—según me dijeron Mr. Philips y varios hijos del país—hay gran dificultad para conseguir mano de obra, aun pagando salarios altos; porque los naturales de Costa Rica, aun cuando son más industriuosos que todos los demás de Centro América, o, realmente, que todos los de las antiguas colonias españolas que conozco, son todavía demasiado amigos de su comodidad para emprender un trabajo tan duro como el de las minas, pudiendo ganar más de lo necesario para vivir mejor de lo que acostumbraban, en el trabajo ligero del cultivo del café. Así es que todo el que trate de establecer grandes especulaciones mineras en Costa Rica, casi tendría necesidad de llevar trabajadores de fuera.

Cartago, la antigua capital de Costa Rica, fué casi totalmente arrasado, el 2 de septiembre de 1841, por una serie de sacudidas terrestres; y de unas 3.000 casas que tenía, no quedaron cien enteras. De sus ocho iglesias, siete fueron completamente arruinadas; sólo una, consagrada a la Virgen María, (1) no fué dañada; porque, según dicen los habitantes, ella la libró especialmente. Por desgracia es la más pequeña y la más fea de todas; pero su conservación constituye una prueba de los efectos parciales de los terremotos.

Se considera que el clima de Costa Rica es demasiado húmedo para los edificios de *tapiál*. De aquí que una parte de las casas se contruyan de bahareque; pero la gran mayoría son de tablas de cedro, que tienen la ventaja de ser fabricadas con menos trabajo que cualesquiera otras; pero en cuanto a la seguridad, prescindiendo del calor y del frío, esta construcción es muy inferior a la que se usa en los otros Estados.

Todos los caminos de Centro América, con la única excepción del de San José a Puntarenas en Costa Rica, no son más que veredas para que puedan pasar las mulas, que abren cortando los árboles; y donde hay un precipicio hacen una excavación como un foso, por donde pasa una sola mula.

Una casa en San José de Costa Rica, por la que se pagaban 150 pesos anuales de alquiler, se vendió en 4.000 pesos.

Unos cien mil pesos, principalmente en oro acuñado, se reci-

(1) La iglesia de Nuestra Señora de los Angeles.—N. del T.

ben anualmente (en Guatemala) de Costa Rica, para la compra de ropas de lana fabricadas en Los Altos, que son las que se usan generalmente en Costa Rica; el dinero lo traen siempre naturales de este Estado, en persona, y regresar con los artículos de lana para venderlos al menudeo a sus compatriotas.

El comercio de Costa Rica... ha brotado casi todo durante los últimos doce años. Anteriormente los únicos productos eran los de las minas del Aguacate, tabaco y una pequeña cantidad de chancaca. La exportación consiste ahora en más de 70.000 quintales de café, cuyo valor es de siete pesos y medio cada uno en Puntarenas, y se paga una parte en oro y artículos manufacturados británicos y franceses traídos de Chile, y la otra en productos y géneros británicos, norteamericanos, españoles y franceses, traídos directamente de estos países.

Dos grandes buques ingleses llegan anualmente a Puntarenas, trayendo cargamentos para dos comerciantes alemanes establecidos en San José, y regresan cargados de café. Los cargamentos importados consisten en toda clase de artículos británicos, especialmente telas de algodón, blancas y estampadas.

Por lo general, dos o tres barcos españoles visitan durante el año Puntarenas y otros puertos de Centro América, trayendo las mismas mercaderías que se importan en Guatemala; y últimamente algunos buques norteamericanos, franceses y hamburgueses han visitado también Puntarenas, cargados de artículos manufacturados en sus países y llevando al regreso cargamentos de café. Sin embargo, el consumo de géneros ingleses es mayor que el de todos los demás juntos, y a esto no contribuyen poco la preferencia que se da en Inglaterra al café de Costa Rica y los derechos más bajos de importación que allí paga, como producto del trabajo libre.

En este Estado se importan también artículos por valor de unos pocos miles de pesos, por Matina, el puerto situado en la costa del Nordeste; pero en razón de ser este puerto sumamente malo y el camino casi intransitable, el comercio no puede hacerse con alguna extensión.

Costa Rica abastece al Estado de Nicaragua de tabaco para el monopolio del gobierno, y este artículo está también monopolizado por el Estado, que es el único que puede comprarlo a los productores y venderlo para el consumo del país y el abastecimiento de Nicaragua.

...En Costa Rica, el principal comercio está en manos de cuatro mercaderes: dos alemanes y dos españoles; pero como el gobierno de ese Estado es de un carácter más respetable y no ha levantado contribuciones forzosas en muchos años, los naturales pueden también emprender en el comercio sin temor; y como son conocidos por su

astucia y talento para tratar, en los otros Estados los llaman los judíos de Centro América. Así es que allí no pueden los extranjeros sacar las utilidades más usurarias, como lo hacen en los demás Estados; pero tienen la ventaja de que sus ganancias están mucho más seguras, y los costarricenses son muy puntuales en sus pagos. La bancarrota es casi desconocida.

....Sólo Costa Rica no tiene deuda y por lo tanto no necesita hacer leyes para levantar su papel. Además, siempre se concede un plazo de tres meses para pagar los derechos de aduana cuando alcanzan a 500 pesos, y de tres a seis meses por mayores sumas, a contar de la fecha en que se sacan las mercaderías de la bodega del gobierno. Se cobran cuatro reales por cada 100 libras por impuesto de bodegaje, así se embodeguen las mercaderías o no, y por todo el tiempo que permanezcan en la bodega.

....La onza de oro (impropiamente llamada doblón en inglés) pesa 317 gramos y debiera tener 21 quilates de fino justos. Las de México, Centro América y la antigua república de Colombia tienen, según se dice, casi exactamente esa finura; pero muchas de las que han acuñado en los últimos tiempos las repúblicas de la América del Sur han sido depreciadas. La onza vale 16 pesos en Guatemala y San Salvador, y 17 en Nicaragua y Costa Rica; pero la plata corriente y los pesos fuertes tienen generalmente 6 por ciento de premio en los dos últimos Estados, lo que hace que valgan lo mismo en todos.

Centro América, como todos los gobiernos americanos, excepto Bolivia, ha contraído una deuda en Londres. En 1826 dió poder a los señores Barclay, Herring y C.^a para contratar un empréstito de 7.000.000 de pesos; pero, afortunadamente para el público británico, estos señores no pudieron negociar más que 816.500 pesos, o sean 163.300 libras esterlinas, de las que el gobierno centroamericano, por la quiebra de sus agentes, recibió poco menos de la mitad, quedando a deber por supuesto el total. Después de la suspensión de pagos de Barclay, Herring y C.^a, la República nombró para sus agentes a los señores Reid, Irving y C.^{ia}, y éstos pagaron unos dos años de intereses de la deuda; pero el gobierno no trató nunca ni de reembolsarlos ni de remitir fondos para los futuros intereses durante la federación ni después de haber sido disuelta. En 1838 el Estado de Costa Rica, inducido por fuertes representaciones del cónsul General de S. M. B., se hizo cargo de liquidar la parte que le tocaba de la deuda nacional; es decir, la duodécima parte de la totalidad, más los intereses. Con este objeto entregó 2.000 tercios de tabaco a Mr. Forster, vicecónsul británico en Nicaragua, donde se vendió el tabaco y su producto se invirtió en añil para remitirlo a

Inglaterra; pero a causa del estado del mercado no alcanzó para cubrir la suma anticipada, dando un resultado neto de sólo 16.210 libras esterlinas, 16 chelines y 3 peniques, en vez de £ 26.755, 13 s., y 4 d., que era la suma que Costa Rica debía, con los intereses, por su parte en la deuda. Los acreedores ingleses, contentos sin duda de recobrar alguna parte de lo que parecía enteramente perdido, resolvieron aceptar el resultado neto de la venta como pago de la totalidad de su reclamo contra Costa Rica, de modo que este Estado se encuentra enteramente libre de deuda; y no dudo que los acreedores británicos se sentirían sumamente felices de arreglar el resto de sus reclamos contra Centro América en iguales condiciones...

Desde hace algunos años los británicos reclaman este puerto (San Juan del Norte) en nombre de los indios Mosquitos; pero no parecen dispuestos a mantener su reclamo por la fuerza. El único puerto, además de éste, que merezca mencionarse en la costa del Nordeste, es el Matina en Costa Rica, que no es más que una caleta para botes; los navíos tienen que quedarse en un fondeadero abierto. En tiempos pasados tuvo algún pequeño comercio con Jamaica, principalmente de contrabando; pero entiendo que ahora ha terminado casi por completo. El camino de este puerto a San José es casi intransitable y se dice que por su situación es de lo más malsano y sumamente fatal para los extranjeros y los naturales de los distritos más frescos.

La población de Costa Rica se calcula en 85.000 habitantes, de los cuales 75.000, por lo menos, son blancos. El resto se compone de unos pocos negros que viven cerca del puerto de Matina, en la costa del Nordeste, de mestizos y de sus descendientes que han venido de los otros Estados. Yo no he visto allí un solo indio de pura raza.

Una de las estipulaciones principales de la constitución de Centro América es la de que ningún gobierno puede levantar un empréstito forzoso bajo ningún pretexto, o decretar impuestos no autorizados por los representantes del pueblo; pero se acata tan poco esta ley tan necesaria en un país libre, que apenas pasa un año en los Estados, con excepción del de Costa Rica, sin que el gobierno decrete uno o varios empréstitos forzosos...

Apuntes sobre los indios Bribbris de Costa Rica

Por el Rev. P. Agustín Blessing, C. M.

BETZUK O AYUNO GENERAL

para conjurar la ira de Sibú (Dios) con ocasión de una plaga
o epidemia, p. ej. la viruela negra en 1908.

El Usékara o gran sacerdote de los indios da esas órdenes por medio del Cokti o sacristán. Cinco días antes del Betzuk se da aviso a los indios para que alisten la cantidad necesaria de plátanos y de leña. Todos de común acuerdo se reúnen en una casa señalada por el Cokti. En la madrugada, antes de salir el sol, se cuecen los plátanos; después se muelen y se mezclan con agua, sin ponerles sal hasta formar una especie de atole que beben inmediatamente para no tomar ningún otro alimento hasta la puesta del sol. Durante el día no salen de la casa, que está bien cercada por todos sus costados con hojas de platanillo. Todos permanecen acostados boca abajo, sin poderse sentar en sus banquillos ni en sus hamacas o barbacoas. Sólo lo que sea más necesario se puede contestar o preguntar. Entre ellos se halla el Cokti, el cual les explica el motivo de esta penitencia. El segundo día, después de la puesta del sol, todos se van a sus casas; el tercer día descansan; el cuarto día vuelven para continuar el ayuno el quinto día. El sexto día por la mañana, antes que salga el sol, todos quedan libres y se van al río a bañarse; después se adoran y pasan el día con gran alegría, comiéndose un animal bien cebado.

APÉNDICE.—El Cokti designa algunas mujeres para traer agua en caso de necesidad. Lo mismo para sacar las deyecciones en unas como bacinillas hechas de hojas de bijagua. Para hacer estas operaciones se tapan también con hojas de bijagua a fin de no exponerse al sol.

DEKOLUK

Quando un indio compra un perro, debe estrenarlo con auxilio del Sukia. Amarran el perro a un horcón en medio de la casa. Forman después un cerco con toda clase de espinas a su alrededor. Como una vara más, hacia el centro, hacen otro cerco de zacate cortante (navajuela). En medio, donde está el perro, hay tres tizones. Así debe aguantar el perro durante tres días. Encima del perro y de los cercos está colgada la hamaca del amo: o bien del hermano o del hijo de la dueña del perro. Al tercer día por la tarde viene el Sukia. Todos se sientan en los bancos, en frente del perro. Entre cada dos indios hay un gran guacal de chicha. Así puesta, la sopla el Sukia con hojas de sajinillo y al mismo tiempo con otra clase de hoja; *dekoluk*. En seguida se amarra *dekoluk* en forma de un piloncito, del cual toman en fin la chicha. Después de haberse bebido toda la chicha, el que estaba en la hamaca lleva el perro (que no ha comido carne en estos días) donde está el Sukia, y como el perro no quiere tocar el zacate cortante, tiene que brincar. El Sukia le hace entonces con achiote unas cruces en la frente, el pecho y

las plantas de las cuatro patas, regándole chicha encima y soplándole con toda clase de cuero (satijkuo) para que no tenga miedo de nada. (*Los indios usan el achiole contra toda clase de mal como un talismán.*) Por los brincos del perro calculan su calidad. Después de esta ceremonia se amarra otra vez el perro en medio de dos cercos con los tizones. Al cuarto día por la mañana se lleva el perro al monte para que allá en medio de sus amigos (los demás perros) muestre su habilidad. El primer animal silvestre que cazan con auxilio de este perro sirve de comida para la gente que asistió a la ceremonia.

TRADICIONES DE LOS CANTORES

Tiempo ha, cuando vino SIBU de incógnito por las cabeceras de Lari, bajó a las llanuras de Urén-Lari (Dinack; Sibú era semejante a un hombre alto, robusto, más grande que todos los demás hombres, vestido con un ropaje blanco y brillante como el sol; pero cuando entraba en las casas, la gente huía al monte. Entonces se dirigió a las cabeceras del Coén. Allí había un indio poco tímido que esperaba la llegada de este extranjero a su casa. El desconocido SIBU se sentó en medio de la casa en el suelo, sin hablar con nadie. A la puesta del sol se murió en esta posición. El amo de la casa se fué a llamar a un amigo, pero vueltos los dos a la casa no se atrevieron a tocar el difunto por el brillo que reflejaba su cuerpo. Así duró cinco días, hasta que el difunto recobró de repente otra vez la vida. Entonces se dió a conocer diciendo al amo de la casa: *Ye ve Sibú*. En seguida le enseñó una canción y al mismo tiempo el modo de bailar (baile de los huesos). Le explicó además el origen de los indios, la inmortalidad del alma, la religión con sus ceremonias. En fin Sibú le instituyó como a patriarca de los cantores a la vez que a su amigo le nombró USEKARA, poniendo en su mano el poder sobre la vida y la muerte. Así es que el cantor es superior al Sukia por su poder sobre la vida y la muerte, y el Sukia es superior al cantor porque puede mandar su alma al infierno. La superioridad de rango entre los sukias depende del Usékara. Por regla general debe haber sólo uno en la familia que sea cantor.

PROCEDIMIENTO DEL SUKIA

(BRUJO, MEDICO Y HECHICERO)

Si hay un enfermo se llama a un Sukia que hace el diagnóstico. En la noche, cuando la gente está acostada, se sienta fuera de la casa en un banquillo, con la cabeza cubierta por una sábana y teniendo en la mano izquierda la piedra mágica. Comienza a cantar y si la piedra baila pronto, lo cual es señal de que Dios contesta, entonces la enfermedad no es grave. Esta piedra mágica se encuentra en una quebrada de las cabeceras de Xhorquín (Sukia-di), pero no se debe tocar sino cuando se encuentra en las entrañas de un animal matado. La piedra de venado es preferible.

PUBERTAD DE LAS JOVENES INDIAS

Cuando una joven siente por primera vez el flujo mensual lo indica a su madre, la cual la aísla inmediatamente en un rincón de la casa con un cerco de hojas de platanillo largo y llama a un surkia. Mientras tanto la joven no debe tocar nada en la casa. Cuando llega el Sukia se mete entre el cerco con tres tizones, un montón de hojas de zajinitlo y plumas de águila real (sarpú) soplando a la joven que está sentada con la espalda hacia el fuego.

Esto se hace durante tres noches y tres mañanas. El último día, al medio día, se baña con un cocimiento de hojas de sanlamia. El Sukia recibe ₡ 4 00 o ₡ 5-00 o el valor respectivo en animales o frutas.

FORMALIDADES EN UN MATRIMONIO DE INDIOS

El pretendiente se presenta en casa de su novia. *Dzq rats-ki nañere*. He venido para pasar la noche, dice. Vengo en un asunto muy importante. Así comienza el novio. En seguida se prepara el cacao, se reparte y se bebe bastante. Si hay una visita de algún vecino, la madre de la novia la convida a quedarse (*betziou kensit*). En fin, la madre pregunta en un momento oportuno al pretendiente cuál es el asunto importante, llamándolo aparte. Si conviene a la madre, busca un guacal grande especial que tiene guardado en su chacara, lo llena de cacao y lo entrega a su hija para que ella misma lo ofrezca a su novio, el cual tiene que beberse solo. Al día siguiente regresa el novio a su casa y la madre de la novia apenas habla a su esposo sobre el asunto, lo que muy poco cambia su resolución. La madre avisa de nuevo al pretendiente que venga a su casa. Vuelven a tomar todos cacao, con excepción del padre, de la madre, del novio y de la novia, los cuales toman la manteca del cacao. Ya no se habla más del casamiento, pues se considera como concluido. Cuando la noche está ya bastante avanzada, la novia, o sea ya la esposa, prepara una cama diciendo a su novio o esposo: *Aquí está su cama*. Ella se acuesta por último en una hamaca, después de haber apagado todas las luces y el fuego. Durante la noche se junta con su esposo. En la mañana siguiente, después de haber tomado cacao, se despiden los recién casados llevándose sus bártulos. Pasado algún tiempo se les hace una invitación para tomar cacao en la casa de sus suegros. Este cacao lo tenía escondido la suegra después de haberlo hecho soplar por un Sukia, sin que lo supiera el yerno, ¡quién sabe con qué fin!

Costa Rica

Su Orografía e hidrografía

Por el Prof. Henri F. Pittier

(Tomado de la Revista Dr. A. Petermanns Mitteilungen No. 175-1912)

Traducido del Alemán por la Sra. E. v. de Wiepking.

para la "Revista de Costa Rica"

INTRODUCCION

La revista «Petermanns Mitteilungen» ha publicado ya varias veces, valiosos mapas de Costa Rica, que manifiestan un resumen del estado de los conocimientos cartográficos de aquel país, o interpretan partes del mismo, especialmente exploradas por varios viajeros. Así, en el año 1869, nos dió el Dr. Alejandro Frantzius un mapa completo, notable por su exactitud, y que reune todos los trabajos anteriores desde Banza hasta los ejecutados por él mismo. A ese mapa acompaña un breve resumen histórico de la cartografía del país. Ocho años después, en 1877, la misma revista publicó el mapa de Talamanca como resultado de las investigaciones de William M. Gabb y de sus compañeros, los ingenieros Martínez y Collins, que constituye un primer ensayo de un croquis especial de toda una parte del país. Aunque este último trabajo con respecto a la especialidad de la topografía interna de Talamanca, es una especie de revelación y fija definitivamente los rasgos principales de este distrito; el mapa dibujado por Frantzius principalmente según las informaciones recogidas entre los indígenas es de una exactitud notable si se compara con las caricaturas de este mismo distrito de Talamanca, en boga desde la publicación del mapa de Panamá por Ponce de León (1864) y del de Costa Rica por Friedrichsen (Hamburgo 1876). El mapa de Friedrichsen fué en realidad, una pésima combinación de croquis de proyectos falsos de caminos y ferrocarriles inventados por especuladores de bolsa, y de datos obtenidos de fuentes poco veraces y tomados en globo sin ningún examen serio.

Del mapa de Ponce de León se puede decir sin exageración, que no vale la pena de tomarlo en cuenta en lo que se refiere a la pendiente del Atlántico de los distritos límites entre Panamá y Costa Rica. A una costa copiada poco más o menos exactamente de los croquis hidrográficos existentes se le agregó un sistema fantástico de ríos que forman casi un ángulo recto con los cauces de agua existentes. Su número es el doble mayor de los existentes y su

curso paralelo es característico. Este mapa simplificó mucho la muy disputada cuestión de límites entre los dos países pues permitía una solución que corresponde aparentemente a los principios de justicia y a las comunicaciones o relaciones topográficas, de manera que no se puede hacer ningún reproche al arbitro francés de haberlo tomado como base de su sentencia injusta. En el año 1887 la edición del mapa de Friedrichsen estaba agotada, y el progreso lento pero permanente en el descubrimiento de los distritos confinantes con la Meseta Central hicieron indispensable una exposición de estos distritos y del país en general. Un agrimensor costarricense, F. Montes de Oca, dibujó entonces un mapa general agregando algún material nuevo, como los croquis de la planicie de Santa Clara y la carretera de Carrillo a San José, la que se había hecho con motivo de la construcción del ferrocarril de Limón a Carrillo, y lo elaboró hábilmente uniéndolo con el material ya publicado. Este mapa se imprimió en el año 1889 por cuenta del Estado, pero resultó tan poco satisfactorio que el Gobierno, después de haber revisado las pruebas, mandó borrar la nota que daba a esta publicación un carácter oficial. Sin embargo este mapa de Montes de Oca demuestra progresos innegables: por primera vez desaparece en él la famosa «Laguna de la Montaña Dota», y las pendientes están separadas claramente; la hidrografía del rincón Nordeste del país aparece con bastante precisión, el curso del río San Juan está representado bastante exacto conforme a los estudios preliminares del canal de Nicaragua, el cual en aquel tiempo se tomó en cuenta como posible competidor del canal de Panamá; por fin figura en este mapa del agrimensor costarricense también el límite del Norte tal como lo fijó el arbitraje de Grover Cleveland.

En 1890 el señor Manuel María Peralta, ministro de Costa Rica en París, publicó su mapa histórico-geográfico que se puede considerar como el compañero del de Friedrichsen tanto en lo que se refiere al lujo de la impresión y a los otros detalles, como lastimosamente también a la inexactitud de muchos datos. Es talvez un mapa histórico, (1) pero su valor como obra geográfica no corresponde a lo que se puede esperar tanto de su autor como del tiempo en que ha sido publicado. Sin embargo no podemos menos que reconocerle sus méritos por sus infatigables esfuerzos en ampliar los conocimientos geográficos de su país. Prescindiendo de las líneas de las costas y otros pequeños detalles hay que atribuir este trabajo al veterano de la nueva exploración geográfica de Costa Rica, José María Figueroa, que murió hace pocos años, después de una vida dedicada casi enteramente a la exploración de la topografía y de la historia de su pequeña patria. Figueroa era un explorador constante, el cual ciertamente hubiera dado a

(1) El objeto del señor Peralta fué el de publicar un mapa histórico.—N. de la D.

su país una obra maestra, si hubiese recibido la debida preparaci6n. Durante su juventud exploraba, a pie, los distritos m1s inaccesibles, siguiendo la vida y las costumbres de los indios que le acompa~aban y se meti6 en aventuras que m1s de una vez estuvieron cerca de tener un desenlace tr1gico. En el camino 6l dibujaba a primera vista sus planos y desarroll6 sus observaciones en abundantes notas y dibujos. M1s tarde, cuando lleg6 a la vejez con sus achaques, dedic6 una parte de su tiempo a la elaboraci6n de los resultados de sus viajes y desarroll6 estos resultados en un mapa de escala grande y en cartapacios curiosos, en los cuales se encontraban caricaturas de los hombres de estado de aquel tiempo, dibujos de ind6genas, paisajes fant1sticos, recortes de mapas y un mont6n de noticias sobre sus ensayos, recortes de peri6dicos y otro material. (1) Todo esto pas6 a propiedad del Gobierno de Costa Rica, y el mapa de Peralta sobretodo es una especie de copia del mapa original de Jos6 Mar1a Figueroa. ¡Cuique suum! (¡A cada cual lo suyo!)

En el a~o 1896 el capit1n George Earl Church, que hizo entonces un viaje de negocios a Costa Rica, recibid6 el original de un mapa de este pa1s, dibujado por uno de mis asistentes, Hans Rud6n; este mapa conten1a adem1s de los croquis conocidos, los croquis nuevos que hab1an sido elaborados por algunos ingenieros que hac1an estudios para el establecimiento de un ferrocarril en el Norte, o por m1 personalmente en el Sur. Este mapa que Church calific6 como «un rudimentario acercamiento a la exactitud», despu6s de haber sufrido ligeros complementos y alteraciones en la ortograf1a de algunos nombres, ha sido agregado a su interesante disertaci6n en el «Geogr. Foun x 1897, p1ginas 56-84». En relaci6n con su escala es bastante completo y en cuanto a exactitud, por cierto, no es inferior a los trabajos anteriores.

En 1903 la Oficina Internacional de las rep1blicas americanas public6 un mapa de Costa Rica que representa una compilaci6n m1s o menos cr1tica de trabajos publicados anteriormente. Yo digo m1s o menos cr1tica porque su autor no se dej6 guiar siempre por un criterio seguro.

En los datos hidrogr1ficos se repiten equivocaciones ya corregidas desde mucho tiempo; se encuentran con frecuencia nombres deletreados incorrectamente y Talamanca aparece, a causa de sus m1ltiples nombres de poblaciones, poblada tan densamente como la meseta central. En realidad estos nombres se refieren solamente a una o algunas chozas de ind6genas, y como no tienen otro m6rito que un valor etnol6gico fu6 necesario omitirlos en un mapa general como el mencionado; pero s1 hubieran estado en su lugar en un mapa que un1a las exploraciones originales de Gabb. Los diferentes Gobiernos de Costa Rica trataron de adelantar la publi-

(1) Estos trabajos se conservan en los Archivos Nacionales.—N. de la D.

cación de los varios trabajos cartográficos mencionados arriba, pero además de esto pensaban en la elaboración de un mapa general que tenía que descansar en un croquis del país que correspondiera a las exigencias de la ciencia moderna. La falta de tal mapa se hizo sentir cada día más de manera que se fundó en 1889 el Instituto Físico-Geográfico bajo la dirección del autor de estas líneas, que tenía por programa principal hacer un croquis topográfico de todo el territorio del Estado. Este Instituto se fundó principalmente por iniciativa del Secretario de Estado en el ramo de Instrucción Pública de aquel tiempo, don Mauro Fernández, que por desgracia murió pocos años después.

En el año 1890 se reunió una comisión que se componía de los más notables ingenieros del país y de algunos otros personajes prominentes bajo la presidencia del Dr. P. J. Valverde, el sucesor de don Mauro Fernández, para conferenciar sobre los medios de ejecutar la obra proyectada. Estas conferencias no obtuvieron ningún resultado práctico y el Gobierno resolvió continuar el Instituto Físico-Geográfico y sus investigaciones geográficas, conforme las ideas de su fundador y con los medios que tenía a su alcance. Los trabajos hechos por mí o bajo mi dirección desde 1890-1901 se extienden principalmente sobre la parte del país situada al Sur del paralelo 10° Norte. Para el Norte sirvieron de base los diferentes croquis del río San Juan hechos por los ingenieros americanos y de la comisión para fijar los límites entre Nicaragua y Costa Rica; los estudios para un ferrocarril, iniciados por Mr. Minor C. Keith; los trabajos del tercer cuerpo de la comisión del ferrocarril intercontinental y las rutas recorridas por el Dr. Sapper en sus viajes; esta base sirvió para los planes del catastro y otros trabajos de menor valor. Hay que mencionar que, con excepción de la Bahía Salinas y de algunas partes del Golfo de Nicoya, la costa del Pacífico, de esta parte Norte, ha sido tomada enteramente del «Ranger» de la oficina hidrográfica de los Estados Unidos.

Aunque los trabajos de la sección geográfica del Instituto están severamente subordinados los unos a los otros, según su último fin, se pueden sin embargo dividir en cuatro grupos según su clase, su definición especial, y el grado de exactitud.

1) *Determinación astronómica del lugar.*—La determinación de las coordenadas, latitudes y longitudes, se hizo casi exclusivamente con la ayuda del instrumento universal de Max Hildebrand de Friburgia i. S., descrito por Wislicenus. Tres cronómetros de Nardin de Le Locle (Suiza), cuya exactitud se controló continuamente según los métodos usuales, servían para la definición del tiempo. En cada estación astronómica que servía al mismo tiempo como base para medir las altitudes de los distritos adyacentes, se hicieron muchas observaciones meteorológicas, entre ellas las observaciones cons-

tantes de la presión del aire y la lectura de la temperatura y humedad de tres a tres horas.

En las diez estaciones principales las coordenadas se obtuvieron por medio de observaciones de estrellas que se extendían sobre períodos de uno a tres meses; en algunos casos se pudo hacer uso del método de las distancias lunares y de ciertos eclipses para el control. Generalmente el tiempo y las longitudes se determinaron por alturas correspondientes o por alturas cerca del primer vertical, mientras que para la determinación del paralelo se usaron estrellas circumpolares de los dos polos. Por fin se determinaba cuidadosamente la declinación magnética y algunas veces también la inclinación observando un regular número de estrellas por medio del teodolito magnético de Augot. Desde estaciones situadas favorablemente se determinó el azimut y la altura en grados de los puntos más conspicuos, con la mayor exactitud posible; los resultados así obtenidos se han utilizado más tarde para determinar por interpelación (o cálculos hacia atrás intercalados) la posición y la altura de las cimas principales inaccesibles y de un gran número de cimas secundarias de la cordillera.

2) *Croquis topográficos*.—Comparando los planos y otros estudios hechos desde la apertura del Instituto, resultó que la mayor parte de estos trabajos podían solamente emplearse bajo la condición de referirlos a líneas de base exactamente medidas. Al lado del Pacífico los ingenieros del ferrocarril intercontinental habían hecho un polígono que se extendía desde el límite de Nicaragua hasta Esparta; a esta línea se agregaron pronto los croquis preliminares que tenían por fin el trazo del ferrocarril al Pacífico; así se completaron las medidas hasta San José. De esta manera se obtuvo un polígono continuo de aquella ciudad hasta La Cruz, en el Guanacaste, a través de todo el distrito habitado de esta pendiente al Pacífico. Al lado del Atlántico se había perdido una parte del material que se refería a los trabajos para el establecimiento del ferrocarril, u ofrecía, en lo que se refiere a la división más antigua desde Limón hasta el río Reventazón, poca garantía, a causa de su inexactitud. Como la línea del ferrocarril forma la base para la división del catastro de aquella comarca, había que hacer de nuevo parte del croquis. Desde Limón hasta Guápiles, en la línea de Carrillo hasta Las Lomas y en la línea del verdadero Reventazón, yo mismo ejecuté este trabajo. A la línea de Carrillo se agregó otra sección de ferrocarril, que se extiende desde Guácimo hasta la desembocadura del Río Frío. Varias cuestiones causadas por la disputa de límites con Colombia hicieron necesario un conocimiento más exacto de la topografía de Talamanca y de la de algunos distritos confinantes al Golfo de Osa. En Talamanca hice un croquis del Río Tarire, desde su salida de la montaña arriba de Urutschca hasta su desembocadura, y lo mismo que sus afluentes Coén, Ararí y

Urín en todas las partes accesibles de su curso; y con grandes dificultades se hizo igual cosa con el Zhorquín hasta Bromliñak. También se midió y trazó toda la costa desde la desembocadura del Tarire (Sixaola) hasta Moín al Oeste de Limón. Por fin se extendió otro polígono que sale de San José hacia el Sur hasta Santa María de Dota de modo que unía la parte central del país con el macizo de Buena Vista y el lecho del Diquís.

Junto con el croquis de la costa del Pacífico, del «U. S. Hydrographic Survey», la agrimensura hecha por las diferentes comisiones del canal de Nicaragua, del Río San Juan y de sus afluentes el Sarapiquí y el San Carlos, los trabajos de la comisión del ferrocarril intercontinental y de los puntos determinados astronómicamente por mí, la unión de estas líneas forma la base de nuestro mapa. Los respectivos datos se obtuvieron juntando varios planos que se encontraban en la oficina de Obras Públicas en San José, por varios trabajos de particulares, como también por medio de gran número de croquis de carreteras y pesquisas en los distritos nunca o superficialmente explorados.

3) *Combinación de planos.*—Este trabajo difícil que fué ejecutado por mi hábil asistente y dibujante Enrique Silva, dió por resultado un mapa minucioso y exacto de la región bananera de Santa Clara que se extiende desde Limón hasta el Río Sucio, del valle del Reventazón hasta Cartago, de la Meseta Central a una parte de las llanuras de San Carlos, de los distritos auríferos en el Noroeste y de ciertas partes del Guanacaste.

4) *Croquis de carreteras.*—El «Camino de los Pueblos», que sale de San Marcos de Dota y sigue cambiando de dirección a lo largo de la costa del Pacífico, continúa hasta David (Chiriquí) y es en partes el último resto de la carretera traficada en los tiempos coloniales por caravanas de mulas que viajaban entre Guatemala y Panamá. Hoy día esta carretera, imposible de transitar a pie, se extiende entre el Savegre y el Diquís cerca del mar, pero de los recuerdos que anoté de los indígenas, y de las huellas profundas, casi perdidas entre los bosques, pero que fácilmente se pueden trazar en algunas partes por varios kilómetros, se deduce que la carretera entre estos dos ríos se extendía antes a lo largo de la pendiente interna de la cordillera costeña. Tal como está hoy fué trazada por la primera vez en 1891-1892 por el segundo cuerpo de ingenieros de la comisión del Ferrocarril Intercontinental, al cual yo pertencí temporalmente, puesto que fué imposible encontrar las copias hechas por mí mismo en el año 1896, desde San Marcos hasta el río Chiriquí. También medí la línea de San José al Río Savegre sobre la Candelaria y a través de la Planicie del Pirrís; también el sendero que se extiende sobre la falda del Cerro

de Buena Vista y por las planicies del General, alcanzando el «Camino de los Pueblos» en Térraba. El Profesor Dr. don Carlos Sapper tuvo la bondad de cederme los dibujos de sus caminos del Río Frío hasta Las Cañas y de Tuis hasta Talamanca. Con excepción de la penúltima, pasan estas líneas por las partes impenetrables del país, de N. O. a S. E., paralelas a las costas y a la cordillera, mientras que las del Golfo de Osa al Cerro Pando sobre el Río Corredor y Cañas Gordas, del Golfo de Osa a Limón sobre Buenos Aires y los ríos Coén y Estrella, de Térraba a Sipurio sobre Yuayín, Cruz del Obispo y Avari, de la Uvita a Boruca, de la Uvita al Río Angel, de la Uvita al General y del General a Punta Dominical, lo mismo que otra línea que se agrega desde el río Savegre a esta última, corren más o menos transversales con las primeras y que completan una red en la cual se intercalan como 100 itinerarios menores. Porque, entre los ríos Savegre y Chiriquí viejo, en la pendiente al Pacífico y entre el Río Banana y el Tararia del lado del Atlántico, no hay casi ningún camino o ningún arroyo que no hubiéramos trazado durante los once años de nuestras exploraciones.

Para abreviar no hablaré de nuestros viajes al valle del Tarari, trazando este río desde Brushik hasta su desembocadura, de un trabajo de varios meses entre el Diquís y el Golfo de Osa y de nuestros trazados de caminos en los valles del Naranjo, del Parrita, de la Candelaria y de la Cordillera volcánica. Estos trazados fugaces descansan casi exclusivamente sobre asuntos determinados por brújulas de mano y de distancias juzgadas por el número de pasos. Generalmente se procedió así: Desde el punto de salida a donde yo dejaba un hombre, tomé la dirección designada y andaba cada vez cierta distancia. Casi siempre me acompañó un dibujante que me ayudó en la observación de la topografía y del curso del camino tomado. En la planicie la distancia de una estación a otra montó generalmente a 500 pasos que igualaban a 400 metros en terreno regular; pero en terreno quebrado era muy irregular y dependiente de la forma del terreno. Cuando se había cubierto la distancia designada y se había escogido un punto favorable nos deteníamos. Con brújula en mano llamé tres veces al hombre que había quedado en el punto de salida y corregí cada vez el azimut según sus contestaciones.

Con los datos, distancias y azimutes así obtenidos, el dibujante trazaba enseguida el primer lado de un polígono (con ayuda de la escuadra y en una escala de 1 x 10.000) y dibujaba el camino hecho, el curso aproximado de las curvas, de las alturas y otros detalles, como nuestras observaciones sobre la geología y la vegetación. Mientras tanto nos alcanzaba el hombre que había quedado en el punto de salida, el cual ahora quedaba en este segundo punto mientras que nosotros continuábamos para repetir el mismo procedimiento de estación en estación. De vez en cuando se obser-

vaba, en puntos adecuados, la lectura del aneroides y la temperatura. Naturalmente nuestros pasos se calculaban diferentemente según su largura y según las condiciones del terreno, más cortos en los bosques cerrados que en caminos abiertos, más cortos en las pendientes que en la planicie. A la vuelta se reducían los polígonos a sus coordenadas y según los métodos usuales fueron agregados a sus puntos finales conocidos. Es maravilloso qué alto grado de exactitud se pudo obtener con procedimientos tan sencillos, procedimientos que se parecen en muchos puntos a los usados durante la navegación en buque de vela en alta mar.

Definición de alturas.—Todas las observaciones para medir las alturas, con excepción de algunas que se refieren a varias cimas principales y a nuestras estaciones astronómicas, se hicieron por medio de tres aneroides de Hottinger, cuya altura se controlaba amenudo con el barómetro normal del Observatorio Meteorológico de San José. En cada una de las estaciones astronómicas se estableció un pequeño observatorio que se componía de aparatos registradores para la presión del aire, temperatura, humedad y de instrumentos normales: (barómetro de mercurio, termómetro seco y húmedo, máxima y mínima) y se conservaba allí todo el tiempo necesario para la definición de los elementos geográficos y para trazar el vecindario, en períodos de una semana y hasta de varios meses. En el curso de los trabajos topográficos se hicieron observaciones con aneroides en todos los puntos prominentes como lo son las cimas de las montañas, torres de iglesias, casas aisladas, etc.

Directa o indirectamente todas las definiciones de alturas hechas en la campaña se reducían a una sola base, el Observatorio de San José. La altura de este último (1169 m. para la cubeta del barómetro) se ha deducido de varias observaciones barométricas temporáneas, en particular entre San José y Limón; ella monta a 5,90 m. más que la determinación hecha por el general L. W. V. Kennon en el año 1896; pero como determinaciones repetidas, hechas según métodos diferentes, dieron siempre aproximadamente los mismos resultados, aceptamos nuestro propio número. Las alturas de las estaciones secundarias se calcularon según la de San José, y se utilizaron como base para medir las alturas de los distritos cuyo centro formaban. La maravillosa uniformidad de la presión barométrica favorece muchísimo la exactitud de las medidas barométricas en los trópicos. En lo que se refiere a Costa Rica largas listas de observaciones sobre las horas han demostrado que la amplitud de las variaciones en las diferentes alturas queda casi igual, de manera que se puede considerar como constante, y que su curso en todo el país es casi isócrono (diferencia de tiempo más o menos ± 12 minutos al Este o al Oeste de San José), de manera que, reduciendo las observaciones al tiempo igual — la equivocación se aminora mucho.

La lista es un resumen de nuestras propias determinaciones en lo que se refieren a puntos muy conocidos y de las de otros exploradores, principalmente las del Dr. Carlos Sapper, de la Comisión del Ferrocarril intercontinental y de la Oficina hidrográfica de los Estados Unidos.

(Continuará)

Un volcán olvidado

Por Ricardo Fernández Peralta

Que durante más de medio siglo estuviéramos sin tener conocimiento preciso del Rincón de la Vieja; que desconozcamos el Chirripó Grande, el Arenal y tantos otros cerros y volcanes apagados, es menos penoso que haber estado 22 años sin tener la menor información del Turrialba.

Cada día se hace sentir más la necesidad de un Centro geográfico nacional que continúe la obra, muy meritoria por cierto, del Instituto Físico-Geográfico suspendida hace casi 20 años. Desde esa fecha, la geografía patria se halla sumida en el más deplorable abandono; los trabajos nuevos de esa índole se deben a la iniciativa particular, que ni siquiera cuenta con el apoyo oficial para las publicaciones.

A fines de febrero último efectué una ascensión al volcán Turrialba en muy buenas condiciones, la cual creo de interés; la publico acompañada de las descripciones más interesantes que poseo, muchas de las cuales traducidas del alemán y publicadas por primera vez en Costa Rica. Las traducciones, que constituyen la parte más interesante de este trabajo, son de los señores Dr. Vicente Lachner Sandoval y Pr. J. Fidel Tristán, a quienes doy las más expresivas gracias por tan valiosa cooperación.

El documento más antiguo que conozco, que mencione por primera vez la actividad del Turrialba, es el de don Diego de la Haya al relatar la erupción del Irazú en 1723 (1). Dice don Diego, al describir la posición de Cartago: «... en donde en otra eminencia está el volcán de Turrialba sajado y reventado ha muchos años, el cual humea por tiempos sin hacer daño alguno en sus contornos». Más adelante dice: «A las cinco de la tarde del 18 (febrero) tuve noticias que humeaba el Turrialba, y para saber lo cierto despaché al alférez Manuel Castillo, quien llegó al alto de la cuesta de Ujarrás, desde donde divisó y dijo haberlo visto humear tenuamente». Desde esa fecha hasta el año 1847 no hay datos sobre la actividad del Turrialba, lo que hace suponer que durante ese lapso de tiempo no hizo ninguna erupción digna de mencionarse.

Según Karl von Seebach, en los años de 1847, 1853, 1855 y 1861 se le vió humear. En 1853, Wagner y Scherzer (2) escriben: «El cráter lanza continuamente nubes de humo, unas débiles y otras más intensas, y parece arrojar escorias candentes, pues a veces se ha visto el humo rodeado de un margen de fuego». En 1855, C. Hoffmann (3), desde el Irazú, pudo observar: «Que se levantaban tres potentes columnas de humo rectas como pilares y en las cuales se podía notar, con auxilio de un telescopio, llamas claramente».

En 1858 Meagher escribe: (4).....:.....

(1) Cleto González Viquez. «Temblores, terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas en Costa Rica 1610-1910».

(2) Wagner y Scherzer. «Die Republik Costarica in Central America...» 1856.

(3) C. Hoffmann. «Excursion nach dem Volcán de Cartago in Central America», 1856.

(4) «Holidays in Costa Rica» by Francis Thomas Meagher. Harper's New Monthly Magazine. 1860.

«La vegetación fué haciéndose cada vez más exuberante y el aire más cálido, hasta que por último, mirando hacia lo alto desde el valle a que bajamos, vimos aparecer en el cielo el volcán de Turrialba o de Torre Alba con su gran columna de humo y de fuego, rodeado de una floresta impenetrable de palmeras, remoto, misterioso, pavoroso y, según dicen, impenetrable.

Ese volcán es objeto de terror para el pueblo: su candente agonía es incesante, ningún pie humano ha hollado su cumbre, ninguno ha osado realizar semejante proeza, y el pobre indio, cuya mente nublada se hace más oscura y tormentosa con la religión, cuenta que allí vive el Espíritu Malo y que los que se aventuran a subir perecen. La espesa selva virgen, las barrancas y los precipicios, los vastos campos de lava, la roca desnuda, lisa y perpendicular de varios pies de altura que de ellos se desprende y llega hasta los labios del cráter embravecido: estas son las cosas que hasta el día de hoy han hecho que este volcán sea objeto de espanto e inescrutable.

Volviendo la cabeza hacia atrás para mirar las montañas en que pasamos estas agradables vacaciones, vi el volcán de Torre Alba arriba en el cielo, ardiendo a la luz gris del amanecer, y me pareció que estaba en otro mundo, tan remoto y aislado aparecía».

El Dr. Alejandro von Frantzius (1), al hablar del volcán de Turrialba dice: «No como falsamente se consigna en la mayor parte de los mapas de Costa Rica, hacia el S. E., sino hacia el N. E. del Irazú, está el último volcán de la cordillera, el Turrialba, el que está unido al Irazú por una montaña llena de picos y de hendiduras. El volcán Turrialba forma de O. a E. una masa montañosa que va disminuyendo hacia el E. al Océano Atlántico. La parte despoblada de árboles del N. y del O. está llena de grandes grietas o rajaduras en forma radiada en toda la superficie. Hacia el lado N. se ven salir en diferentes partes de estas grietas constantemente grandes nubes de humo, por las cuales se puede reconocer este volcán desde distancias muy considerables, por ejemplo desde el Monte del Aguacate que está a 18 o 20 leguas de él. En noches oscuras se dice que se pueden percibir fogatas en el volcán. Nunca se ha ascendido al volcán de Turrialba. Desde la cumbre del Irazú (2) aparece de perfil como un cono y su poca distancia permite observar los mencionados fenómenos de humo y fuego; pertenece al número de volcanes desconocidos, como también las grandes montañas son casi desconocidas; éstas rodean al volcán particularmente al lado S. en forma de muro y envían diferentes ramificaciones hacia el río Reventazón. Hacia el N. se extiende una considerable loma de donde salen los ríos Parismina y Sucio.

El Turrialba da principalmente origen con sus adyacentes masas de montañas a una gran cantidad de ríos que casi todos son afluentes del Reventazón. En las cartas marinas ha sido llamado erróneamente volcán de Cartago, pero éste está escondido del lado del mar por el Turrialba, el cual debe su nombre «turrís-alba» al brillante borde blanco de su cráter».

Cuatro años más tarde del viaje de Von Frantzius a Costa Rica, se efectuó la primera ascensión al Turrialba, el 26 de febrero de 1864. Del valioso relato que hace de este viaje don Juan Braun (3) tomo las siguientes líneas:

«La primera impresión que hace la oscura profundidad del cráter (mayor de 300 pies de profundidad) con sus cuatro paredes negras y amarillas, en que más de 100 bocas pequeñas (de 2 varas en circunferencia) adornadas a su rededor con capas amarillas y de azufre, están humeando con estrépito, casi silbando como mal arregladas máquinas de vapor, esta impresión, deci-

(1) A. von Frantzius. «Beitrag zur Kenntniss der Vulcane Costarica's» 1861.

(2) El Dr. Frantzius ascendió al Irazú en abril de 1859.

(3) Cleto González Víquez. O. C.

mos, causa involuntariamente terror y susto, y principalmente en los rincones del O. y E. de donde sale en dos bocas más grandes, más humo con ruidosa fuerza, hasta que se levanta la gran columna de humo (de más de 100 varas en circunferencia) junta y unida ya con las columnas chiquitas arriba en la orilla del cráter, en donde se ve de lejos aquella enorme columna de humo de 500 pies de altura, según el viento o la calma, tan claramente desde la plaza de Heredia como en el Monte del Aguacate, principalmente en el invierno, después de grandes aguaceros. Al E. del cráter linda otro, ahora muerto, y otro sigue de éste hacia el N. E., pero serán en el invierno más bien depósitos; pozos llenos de agua llovida. El cráter, pues, entero está formado por tres picos elevados y puntiagudos, que llaman el del N. San Carlos, el del E. San Enrique y el del S. San Juan, que es menos dificultoso que los dos primeros. La circunferencia de todo el cráter puede tener, según nuestro cálculo (hemos medido una parte) algo más de 2000 varas. La forma del cráter no es regular, sino elíptica; las paredes interiores son casi perpendiculares y una capa amarillenta de azufre cubre varias partes del interior, y el olor del humo y el suelo muy flojo hacen la bajada peligrosísima y la vuelta tal vez imposible. La pared exterior del cráter hacia el O. es la cosa más particular y más peligrosa para andar. En donde metimos nuestros bastones, al sacarlos, se formó en el hueco del suelo, mezclado de azufre con diferentes sales, una chimenea pequeña humeante, y poco rato después no se pudo aguantar la mano por el crecido calor. La altura de estos picos no puede ser muy inferior a la del Irazú, y si éste tiene, según los geógrafos, 11.600 pies, bien puede tener el Turrialba 11.500. La superficie del volcán forma en cierta parte casi un plano; y se puede gastar un día entero para ver todo: masas de lava, arena mezclada con azufre y sales, piedras quemadas forman el suelo; por consiguiente no hay vegetación sino una poca hacia el S. donde no llega el humo, de yerbas y gramas de una raquítica naturaleza. En los picos se nota una formación gradual de capas de masas pedrosas de muy diferentes colores que demuestran cuántas y cuáles potencias subterráneas terribles han sido necesarias en esta puerta infernal, para levantar estas cúspides, fundir estas materias y amontonar estos picos hasta darles la forma presente. Según se ve todavía, en tiempos de erupciones, se inclinaban las lavas volcánicas hacia el N. en dirección del río Tortuguero, donde se observa la mayor destrucción y ruina».

En la noche del 16 al 17 de setiembre de 1864, cayó en San José una lluvia de ceniza cuya composición, según el químico francés señor L. Platt, fué la siguiente* (1)

Silice y, varias tierras silíceas.....	94	%.
Hierro sulfurado.....	4	
Polvos orgánicos del aire.....	1	
Cal y sal marina.....	1	
	100	

Esta lluvia de ceniza procedió del volcán Turrialba y se repitió varias veces del 16 al 21, extendiéndose por la Meseta Central hasta Atenas y Grecia. Con este motivo, el Gobernador de Cartago envió a reconocer el volcán a los señores Antolino Quesada y Manuel Guillén, guías que fueron de la primera expedición a dicho volcán en febrero de ese mismo año. En «La Gaceta» del 9 de octubre de 1864 se relata el viaje de estos señores, el cual en parte reproduzco aquí (2): «..... al llegar a la cima del volcán (30 de setiembre) se sorprendieron al ver una columna de humo que se elevaba a una altura dos

(1) Cleto González Víquez. O. C.

(2) Cleto González Víquez. O. C.

veces mayor que la que se alzaba en el mes de febrero próximo pasado. Su color variaba entre negro y verde, y se levantaba y salía esta torre de humo envolviendo inmensas llamaradas de fuego, azuladas, con un estrépito terrible, como si la tierra quisiera producir otro volcán. Desaparecieron esas cien chimeneas flameantes que poco antes se disputaban el derecho de vomitar más fuego. En su lugar se encuentra un solo cráter anchísimo, casi redondo y profundo como una verdadera puerta de *Tártaro*, cuyas paredes internas son amarillas o negras como barnizadas con pez, y en su fondo pestífero se oye un murmullo inexplicable por el terror que causa, repitiéndose cada rato más amenazador.

El gran pico San Carlos, una de las tres elevaciones que encerraban el volcán, contiguo al lado N. del cráter, ha desaparecido casi en su totalidad, cayendo sus enormes masas en aquel abismo bullicioso, cuyas potencias de su seno han arrojado esos átomos pulverizados en ceniza y arena por el fuego *infernal* en su laboratorio plutónico, y que bajo esta forma nos trajeron los vientos fuertes de aquellas noches. Así ha cumplido el volcán con la *política* mandándonos pacíficamente su correspondencia de nuestra visita al ex-pico San Carlos en forma pulverizada. ¡Cuántos millones de quintales de ceniza y arena han salido en estos pocos días de esta nueva chimenea! Para formarse una idea basta considerar que toda la superficie de este ancho volcán está cubierta con una capa de más de una vara de espesor con ceniza que se ha regado visiblemente sobre una extensión de más de tres leguas al rededor y principalmente al N. del volcán, hacia donde ha descargado la cólera y violencia de la erupción, tanto por la inclinación de la montaña como por la dirección de los vientos dominantes en aquellas alturas. Además, arrojó esta boca pedrones inmensos e innumerables sobre los otros picos sin destruir, por un milagro, la cruz que fijamos en nuestro ascenso en febrero próximo pasado.

Al lado O. del volcán y como a 500 varas bajo del cráter ha nacido un río, cuyas aguas son sumamente ácidas tal vez con ácido sulfúrico. En la dirección N. O., hacia las cabeceras del río Tortuguero, se nota la vegetación destruida y este fenómeno se extiende a distancia de algunas leguas. Divísase allí un verdadero simulacro de muerte. El ruido estrepitoso que subterráneamente oían, era tan fuerte que hizo creer a estos caminantes que la tierra que tenían bajo sus pies estaba temblando y meciéndose constantemente; las lluvias tan copiosas y frías y otros mil obstáculos y dificultades no les permitió estarse más tiempo arriba que el corto espacio de 4 horas».

La actividad del Turrialba continuó en los meses siguientes; parece que hubo lluvias de ceniza en enero, febrero y marzo de 1865. El 9 de marzo de ese año Karl von Seebach (1) hizo una penosa ascensión al volcán; de su interesantísimo relato reproduzco lo siguiente: «El cráter occidental formaba una sola poderosa chimenea de la cual salían potentes columnas de vapor cargadas de ácido sulfuroso y ceniza con estruendo terrible. En medio de esto se oía a intervalos de unos 30 segundos un ruido como de *fuego granado* de rifletería causado por el rebote de las piedras lanzadas, chocando entre sí o contra las paredes de la gigantesca chimenea; este momento corresponde a una disminución de la actividad pulsante del volcán, que en seguida se acrecienta y de nuevo lanza las masas de piedra acompañadas de mayor producción de vapor. Estas piedras no suben nunca mucho y siempre caen de nuevo dentro del cráter. Algunas de estas pulsaciones eran suficiente fuertes para causar un movimiento tremolante del suelo..... Ni lava candente, ni fuego, ni llamas propiamente dichas podían notarse en el cráter. De las solfataras observadas anteriormente se conservan todavía unas pocas afuera del propio cráter, en la altura del borde N. No era posible acercarse

(1) Karl von Seebach. «Vulkane Centralamerikas». 1892.

a ellas y reconocerlas más de cerca. La nube de humo formaba al principio una columna de 80 a 100 metros, luego los vientos alisios se apoderaban de ella, la inclinaban y la barrían a millas de distancia hacia el O. S. O.

En febrero de 1866 el Turrialba entró de nuevo en gran actividad; Belly dice que la ceniza muy fina llegaba hasta Realejo. Karl von Seebach lo pone en duda, pero el sabio Dr. Karl Sapper lo encuentra posible, por haber sucedido lo mismo en 1902 con la propagación de las cenizas del volcán Santa María (Guatemala), dirigidas también hacia el O. S. O.

En enero de 1869 el señor H. Pittier visitó el volcán Turrialba; de la descripción de su viaje tomo lo siguiente (1): «La cumbre del cerro más alto presenta tres picos principales, unidos por aristas roqueñas a los lados S. y E., formada de depósitos recientes de arena, cenizas, toba y escorias al N. Entre estos tres puntos culminantes se extiende la hoya del volcán, la cual tiene a lo menos más de 100 metros de ancho y como 400 de largo. Esta hoya encierra dos compartimientos crateriformes, separados por una pared transversal bien marcada. En el del E. se notan en medio de playitas y líneas dejadas por el agua que suele acumularse allí en la estación lluviosa, los restos de sus dos antiguas chimeneas, ambas colmadas por los aluviones y el trabajo del agua. Entre las dos se extiende un campo de escorias negras y de arena del mismo color, mientras la extremidad oriental de la hoya ofrece un terraplén bien marcado, formado por estratos horizontales de materias de erosión y que indica indudablemente el nivel más alto de las aguas en el cráter.

El compartimiento occidental, que ocupa a lo más la tercera parte del cráter, tiene la forma de un embudo, rematado en su parte inferior en una chimenea por la cual se escapa todavía una pequeña cantidad de vapores sulfurosos. En la pared casi vertical del lado N., y muy cerca de la arista, se ven algunas fumarolas muy activas, de las cuales se escapan abundantes chorros del mismo vapor. En este particular, el estado del volcán no parece haber variado mucho después de la exploración de Seebach, a diferencia de que entonces una columna de humo y de vapores de unos 70 metros de altura, y que tomaba después de elevarse la dirección de W. S. W. bajo la influencia del fuerte viento del alisio, se escapaba todavía de la chimenea, con un ruido que el geólogo alemán comparaba a los ronquidos de un horno elevado».

En 1899 el sabio Dr. Sapper (2), autor del mejor estudio que hasta la fecha se ha hecho sobre los volcanes de Centro América, hizo una ascensión al Turrialba. De su laborioso trabajo extracto lo siguiente: «El gran cráter de la cumbre ha sufrido pocas modificaciones desde la descripción de Karl von Seebach en 1865 (3). Yo traté de fijar el estado de cosas en 1899 por medio de observaciones barométricas (aneróide), apreciaciones, medidas a pasos, etc. (4). El eje longitudinal va aproximadamente de O. S. O. a E. N. E., y tiene unos 1400 metros de longitud. Por la circunstancia de que el centro eruptivo varias veces se ha corrido hacia el O. S. O., se han formado tres cuencas de cráteres distintos. En la central y la oriental se reúnen a veces cantidades de agua pluvial, como fué el caso en marzo de 1865.

La cuenca oriental del Turrialba (IV en mi plano) es un cráter aplanado y casi circular de unos 150 metros de diámetro, rodeado de una llanura anular que está unos 20 metros más alta que el fondo del cráter (unos 3150 ms., sobre el nivel del mar).

(1) «Boletín del Instituto Meteorológico Nacional» N.º 4.—1889.

(2) Dr. Karl Sapper. «Die mittelamerikanischen Vulcane».—Dr. A. Petermanns Mitteilungen. 1913.

(3) Hay un plano en la plancha N.º 9 de las Petermann Mitteilungen de 1865.

(4) Plano del cráter del Turrialba en la O. C. del Dr. Sapper, pag. 122 y pag. 42 de la Zeit-Schiff der Deutschen Geolog. Gesells. 1901.

La cuenca central es oblongada y tiene varias paredes transversales y paralelas, formadas sin duda por la traslación repetida del centro eruptivo hacia el O. Cerca del extremo O. S. O. de la cuenca se verificó la última erupción de esta fase, hundiendo el fondo unos 25 metros más abajo que el nivel del suelo oriental de esta cuenca central (3145 ms.) No me puedo explicar los restos de una pared transversal situados a los lados de este centro eruptivo, a menos que fuera exacta mi explicación anterior, y que el centro eruptivo hubiera retrocedido alguna vez destruyendo la parte media de la pared transversal más antigua, por motivo de una ligera erupción.

Más hacia al O. sigue el cráter central, la cuenca que en 1864-66 fué el centro de actividad y que aún se hallaba separada de la cuenca central por una pared transversal bien definida. Esta pared se ha interrumpido ahora por la formación de un cráter de hundimiento de una profundidad no menor de 40 metros (N.º II); este tenía en 1899 comunicación hacia el S. con otro cráter también de hundimiento pero más pequeño e irregular. El cráter occidental (N.º I) propiamente dicho muestra ahora un fondo o suelo pequeño. Al N. y S. E. de la cuenca occidental, y al E. S. E. de la cuenca central, (unos 3210 metros) se encuentran en forma de terrazas restos del fondo de un cráter antiguamente más alto y cuya significación en la historia del volcán no es fácil de fijar. Fumarolas, de cuyos bordes los habitantes de las cercanías traían a veces azufre, las había en las pendientes del I, III y en el fondo del derrumbe del II; una larga grieta concéntrica se extendía cerca del borde N. E. del III (lado interior).

Lapilli sueltos, a veces grandes bombas, representan el papel principal en la arquitectura de cada cráter, mientras que la pared cratérica más antigua en el S. de la cuenca central, está formada de rocas primitivas.

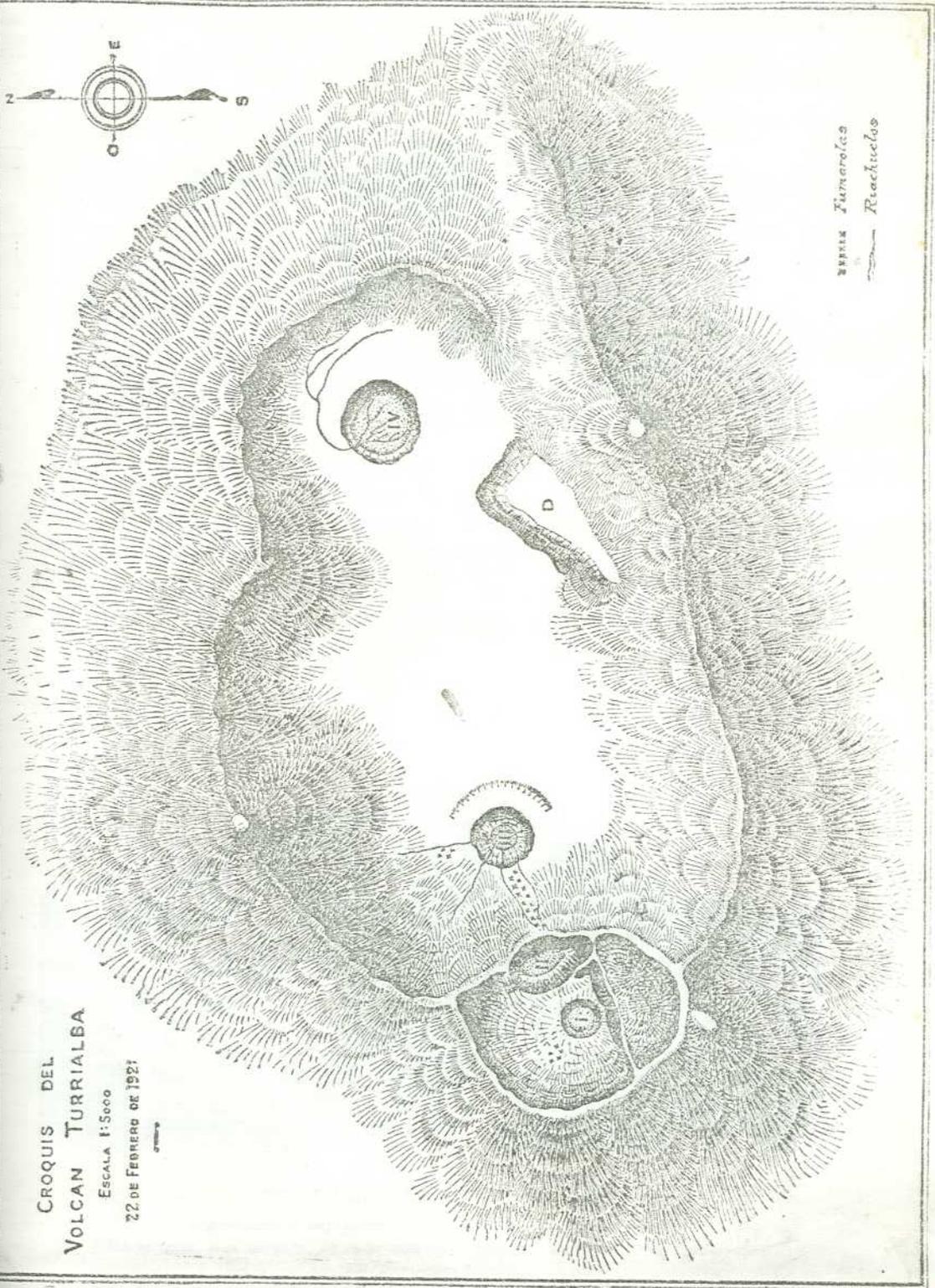
En la pendiente exterior del cráter occidental se nota una aguda arista dirigida hacia el S. O. Numerosos fragmentos de lava, con inclusiones angulares de lava de otro color y más compacta, cubren en parte la pendiente occidental del cerro.

La roca es, según determinación del Dr. Klautzschs, andesita piroxénica, como en el Irazú.

Desde el viaje del Dr. Sapper, es decir hace 22 años!, no teníamos ninguna descripción de los cambios ocurridos en el cráter y en la actividad del Turrialba. Tres años hace que el Prof. don J. Fidel Tristán y yo veníamos haciendo tentativas para efectuar un viaje a dicho volcán, pero siempre se nos presentaron inconvenientes que nos obligaron a posponerlo. Una visita al Turrialba, después de tantos años de no saber nada de él, era importantísima, sobre todo por habersele considerado siempre gemelo del volcán Irazú, en actividad desde el mes de setiembre de 1917.

Aprovechando el ofrecimiento que nos hacía el señor don David Gutiérrez para que visitásemos la hacienda de la sucesión de su señor padre don Francisco, situada al pie del cono del Turrialba, hice en febrero próximo pasado en compañía del señor don Efraím Gutiérrez y de mi hermano Alvaro Fernández un viaje al volcán olvidado.

El 21 de febrero último partimos de Cartago a las 9 horas, seguimos el camino que conduce al pintoresco pueblecito de Cot, al cual llegamos en hora y media. Continuamos el camino de «El Titorial», pasamos el río Páez y, como a diez minutos de marcha, llegamos a las corrientes de lava del Irazú que descienden desde unos cráteres parásitos situados en la falda S. E., como a 2.500 metros sobre el nivel del mar. Estas corrientes son muy antiguas, de lava porosa; cubren una gran zona de terreno en forma de abanico y se extienden hasta el río Reventazón. Casi una hora tardamos en atravesarlas; bien es cierto que los caballos andaban despacio, debido a la fuerte gradiente del terreno y a la gran cantidad de fragmentos de lava que cubren

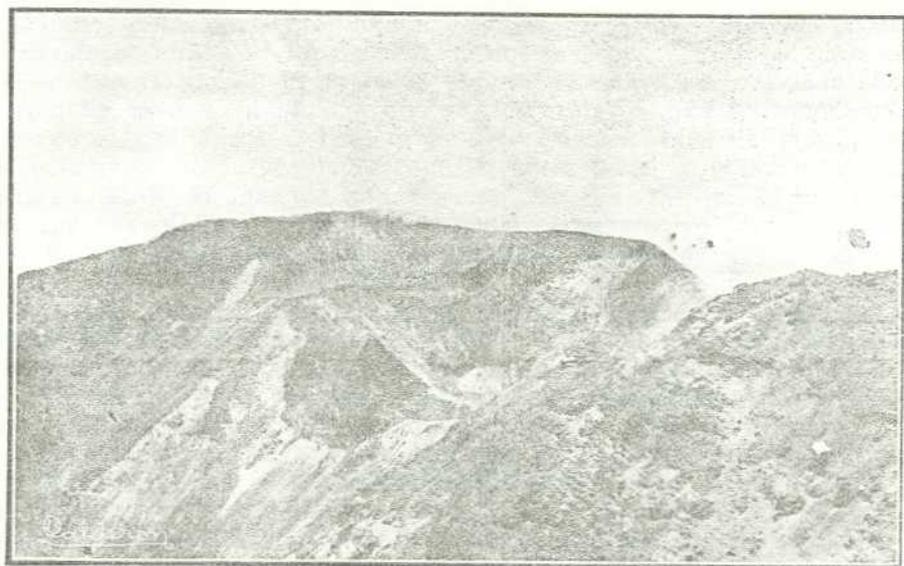


CROQUIS DEL
VOLCAN TURRIALBA

ESCALA 1:5000

22 DE FEBRERO DE 1927

Fumaroles
Rachuelos



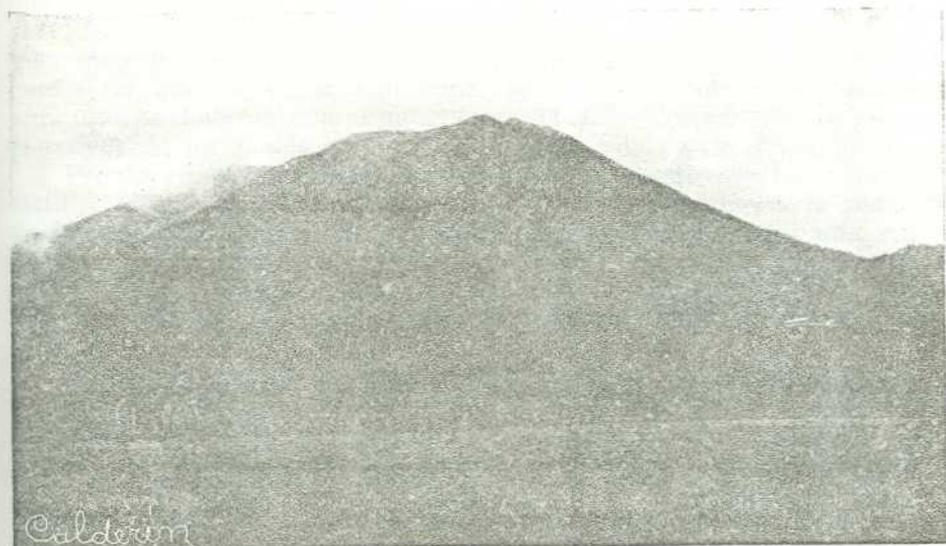
CRATER DEL VOLCAN TURRIALBA

CUENCA OCCIDENTAL

A la derecha la boca No. I, a la izquierda en primer plano, la No. II.

En la pared izquierda de la boca No. II, que se vé en el fotografado, se hallan situadas las fumarolas indicadas en el croquis del cráter general, entre las bocas II y III.

Fotografía tomada del pico N. NO. (San Carlos), hacia el S. SO.—Fot. Fernández Peralta.



CONO DEL VOLCAN TURRIALBA

Visto desde la depresión situada entre éste y el Volcán Irazú.

En la falda, a la derecha, se vé la casa de la hacienda de "Don Chico Gutiérrez".

Fot. Fernández Peralta.

el camino. Estas corrientes tienen un ancho de ocho kilómetros próximamente en donde las cruza el ferrocarril a Limón.

A las 12 horas llegamos al caserío «Santa Rosa», situado sobre la corriente de lava y al pie de uno de los cráteres que he mencionado antes, llamado «Cerro Pasquí». Este es de forma cónica bien definida y se destaca perfectamente de la gradiente regular de la falda, viéndose muy bien desde Cartago. Al N. W. quedan situados dos cráteres más que forman un solo cono llamado «Los Hoyos», y al cual el señor Tristán y yo proponemos que se le designe con el de «Frantzius», en recuerdo del «sabio» alemán.

En 1918 visité estos cráteres en compañía del geólogo inglés David I Sutherland, pero desgraciadamente no disponíamos más que de una hora, tiempo apenas suficiente para una visita ocular de la región. El señor Tristán y yo nos proponemos, tan pronto como nos sea posible, hacer una descripción de estos interesantes cráteres. Seguimos nuestro camino desde el cual gozábamos de un hermosísimo panorama sobre el valle del Guarco y la cuenca del Reventazón; a las 13 horas llegamos al río Birris en donde almorzamos.

El buen tiempo que hasta aquí habíamos tenido cambió y una débil lluvia comenzó a poco de haber pasado el río. El camino que recorriamos termina en la hacienda de los señores Cruz; continuamos por potreros de dichos señores, pasando por diferentes secciones de la hacienda de la sucesión de don Alberto González. Nos hallábamos en la reputada región ganadera de «Coli-blanco».

A las 15 horas llegamos al portón «La Esperanza», punto culminante del camino, casi a 3,000 metros sobre el nivel del mar; desde aquí comenzamos a descender, lamentándonos de no poder disfrutar de la bella vista que ofrece al viajero este lugar, pues nos encontrábamos envueltos por una densa niebla y una fríasima lluvia. Una hora después entrábamos en la afamada hacienda de ganado de «Don Chico Gutiérrez». Me sorprendió inmediatamente el hecho de que en los potreros hay gran cantidad de árboles, que les dan el aspecto de parquecitos ingleses; manifesté mi sorpresa al joven Gutiérrez que nos acompañaba, y me contestó que su abuelo don Francisco había conservado los árboles para evitar la sequía de los pastos, por ser aquella región muy pobre en agua durante la estación seca. Es digno de mención el hecho de que el señor Gutiérrez, sin las campanillas de nuestros cultos agricultores, hubiese comprendido que la tala despiadada de los bosques es el mayor de los males que se puede hacer a la patria y así mismo.

Pronto vimos numerosos animales que no desmienten la bondad de aquella fértil y pintoresca zona. Como a las 16 horas llegamos a la parte más baja de la cordillera, entre los volcanes Irazú y Turrialba; es una extensión de terreno muy plana, desprovista de árboles, que forma dos grandes potreros casi circulares, situados como a 2,600 metros sobre el nivel del mar. No me atrevo a afirmar que sean restos de antiguos cráteres, pero los indicios son favorables a esta suposición.

El tiempo mejoró; de pronto desapareció el denso velo que nos rodeaba y pudimos contemplar el majestuoso cono del Turrialba, a más de 700 metros de altura sobre nuestra situación, casi desprovisto de vegetación y coloreado por los últimos rayos del sol poniente. Veinticinco minutos después llegamos a la casa de la hacienda, en donde está instalada también la lechería; fuimos admirablemente recibidos y alojados en un cómodo cuarto. Una buena comida nos reconfortó de las fatigas del viaje y del intenso frío, que hace recordar los inviernos de las regiones templadas. A las 20 horas dormíamos, después de haber preparado nuestra ansiada ascensión al volcán, que verificaríamos al siguiente día.

A las 7 horas del 22 de febrero emprendimos la marcha en compañía del administrador de la hacienda don Pedro Casasola, quien nos proporcionó

todos los medios para la realización de nuestro viaje. Nos dirigimos hacia el E. a través de potreros, bordeando la base del cono; luego continuamos por el sendero «Los Quemados», pasamos un riachuelo que estaba completamente seco y llegamos a un potrero situado sobre la falda S. del volcán. Volvimos hacia el N. y ascendimos por él lentamente, hasta un punto situado al pie de la base del cono; éste se veía imponente, cubierta su cima de densa niebla que el viento del N. E. renovaba sin cesar, lo cual nos causó gran disgusto, pues pensamos que fracasaría nuestro viaje.

Seguimos nuestro camino, pasamos a la hacienda de don Luis Fernández, que se extiende sobre gran parte de la pared S. del cono, y continuamos ascendiendo por ella. Los caballos subían lentamente debido a la fuerte gradiente, y más aún cuando llegamos a la zona cubierta de escorias, en donde los valientes animales apenas podían sostenerse de pie. A las 9 horas desmontamos en el borde S. del cráter que se nos presentaba completamente despejado: inmediatamente emprendimos la marcha hacia el pico del N. W., llamado «San Carlos» en los relatos anteriores y que es el punto culminante, desde donde se domina perfectamente todo el cráter. A las 9 horas y 45 minutos, instalaba sobre su cima los instrumentos para la determinación de la altura del volcán, y me preparaba para efectuar las observaciones a las 10 horas, simultáneamente con las que verificaría el ingeniero don Rafael M. Tristán en el Observatorio Nacional de San José.

La cima del Turrialba es un cono truncado, alargado de N. E. a S. W., surcado por la erosión de las aguas de lluvia, que forman verdaderos torrentes durante el invierno. El cráter es elíptico, de más de 1,500 metros de largo por unos 700 de ancho: de paredes casi verticales y bordeado de agudos picos unidos por aristas. Distínguese perfectamente tres cuencas cratéricas: la del E., indudablemente la más antigua, es casi circular; se conserva en ella todavía una boca anular (N.º IV) de unos 20 metros de profundidad, a la cual fluyen las aguas que se recogen en esa cuenca cratérica, y que poco a poco se va colmando con los materiales de acarreo.

La cuenca central parece haber sido objeto de muchas modificaciones y haber tenido varias bocas de las cuales no queda hoy más que una, situada al W. S. W., que debe ser la última de esta fase de la actividad del volcán. Esta boca tiene la forma de un embudo (N.º III); al N. y al W. de ella, hay varias grietas por las cuales corre hacia el fondo de la boca el agua de lluvia de la mayor parte de la cuenca central. Muy cerca de su borde N. se halla un grupo de fumarolas en actividad; al W. las hay también en gran número sobre la pared divisoria con la cuenca occidental. Al E. de esta boca hay una hendidura en forma de media luna, parte sin duda del borde de otra más antigua. Las dos paredes transversales de que habla el Dr. Sapper, situadas al N. y S. de esta boca, han desaparecido, posiblemente debido a la erosión de las aguas. El suelo de esta cuenca se ha regularizado mucho; está formado de escorias y arenas negras bastante finas, y se nota ya la acción del tiempo sobre esta parte del cráter inactiva hace muchísimos años. El foco eruptivo, como lo hace ver el Dr. Sapper, parece indudable que se desplazó de N. E. a S. W., dando origen a la formación de las tres cuencas que forman hoy el gran cráter elíptico del Turrialba.

La cuenca del W. parece ser la de formación más reciente, en la cual se produjeron las erupciones de 1864, 65 y 66, y muy probablemente la que ya daba lugar en 1723 a la columna de humo que en esa fecha se veía. Esta cuenca comprende tres bocas, de las cuales solamente se conserva bien la N.º II, que se ha rellenado mucho debido a los derrumbes de la pared N. de la cuenca. Esta boca ha tomado una forma elíptica, por haberse unido completamente a la boquita de hundimiento situada al S., la cual se distingue aún bastante bien. Pude ver dos grupos de fumarolas en actividad, uno en el

borde N. de la boca N.º II, y el otro al W. sobre la pared de la cuenca. De la boca N.º I no hay más que el fondo, pues la pared del W. de la cuenca se derrumbó destrozándola casi por completo, formando un plano inclinado hacia la N.º II.

Las terrazas que señala el Dr. Sapper al N. de la boca N.º II, y que designa con las letras A. y B., son la parte de terreno que se ha derrumbado dentro de ella; la situada al S. E. de esta cuenca y que designa con la letra C, y la grande al E. S. E. de la cuenca central, con la D, se conservan todavía, especialmente esta última, que es de dimensiones considerables. Como muy lógicamente lo supone el Dr. Sapper, estas terrazas son restos del fondo de un gran cráter situado como a 70 metros más alto que el fondo del actual. A mi juicio, en ellas se encuentra la explicación de la formación de los picos que rodean el cráter del Turrialba, pues es muy probable que los bordes de este antiguo cráter más elevado, estuvieran situados a la misma altura de las cimas de estos picos, y cuando éste se apagó y principió luego la formación del actual, las paredes del cono, débiles por su constitución, se rompieron, conservándose solamente las partes más consistentes, a las cuales la lluvia poco a poco les ha dado la forma aguda que hoy tienen.

El estado de actividad no parece haber variado mayor cosa desde 1899, pues los cambios ocurridos son los corrientes: formación y extinción de fumarolas; no parece que la actividad del Irazú se haya manifestado en el Turrialba.

Desde el pico del N. N. W. gozamos de un panorama espléndido, a pesar de que el tiempo no nos era favorable; sin embargo veíamos gran parte de la zona bananera, las llanuras del Norte surcadas por innumerables ríos que fertilizan y hacen de aquella región una de las más ricas del mundo. Sentimos mucho no haber visto los cráteres de que habla el señor Pittier, situados al E. y a un nivel muy inferior al de la cumbre del volcán, pero las nubes los cubrieron durante todo el tiempo de nuestra permanencia en la cima.

Hacia el medio día las nubes nos rodearon y bien pronto nos encontramos en una isla en medio de un inmenso mar blanco; solamente divisábamos la cumbre gris del Irazú, que humeaba ese día débilmente. Regresamos al W. de la cuenca occidental en donde hay una gran arista dirigida al S. W., formada de escorias, arenas y bombas cuya formación se debe probablemente a la acumulación de materiales lanzados por las erupciones y llevados allí por los vientos dominantes del N. E.; en esta región encontramos una bomba volcánica en buen estado, de unos 30 por 45 centímetros, y de la cual tomé una fotografía.

Después de visitar la parte S. del cono, a las 14 horas emprendimos el regreso, teniendo la buena suerte de que el tiempo mejorara y nos permitiera ver el bello panorama que desde allí se tiene sobre la cuenca del Reventazón. Juan Viñas, Turrialba, Tuis y Santa Cruz, los veíamos a un palmo de nosotros; y las grandes plantaciones de caña, café, y las innumerables haciendas de ganado semejabán un gran portal.

Regresamos por el sendero «La Fuente», lo que nos permitió conocer otra sección de la hacienda de los señores Gutiérrez; a las 13 horas y 30 minutos llegamos a la casa con un tiempo encantador; teníamos al frente el Irazú en toda su magnitud, coronado de humo blanquísimo, el cual fué coloreándose a medida que el sol descendía.

El día 25 tuvimos el placer de presenciar el ordeño de 100 vacas, enorme producción para nuestras haciendas; pensábamos en la riqueza que representaría esa gran cantidad de leche, si hubiera medios de transportarla a las ciudades. Desgraciadamente la falta de buenas vías de comunicación lo impide, y es preciso hacerla queso. Luego recorrimos otra parte de la hacienda, que

en conjunto tiene una extensión de más de 1500 hectáreas, y conocimos el camino nacional que hace algún tiempo unió a Cartago con la región de Línea Vieja. Este camino está completamente abandonado, como tantas otras cosas que han corrido la misma suerte en este país, en donde hacemos para luego abandonar!

En la tarde visitamos un hueco que hay en uno de los potreros circulares de que hablé al principio de este relato, al cual han conducido varias zanjas que durante la estación de las lluvias llevan una cantidad enorme de agua sin que jamás se le haya visto llenarse. Este desagüe natural permitió el drenaje del potrero que durante el invierno se transformaba en un gran depósito de agua, y el cual no hubiera sido fácil desaguar a menos de haber hecho un corte hacia el Norte. El señor Casasola, administrador de la hacienda, nos dijo que había sondeado el hueco y que obtuvo una profundidad de más de 60 metros; no me sorprendería, como dije anteriormente, que estos potreros sean antiguos cráteres.

El día 26 decidimos regresar; ninguna mañana había sido tan fría ni tan hermosa como aquella. Con pesar nos pusimos en marcha a las 6 horas, bajamos constantemente por un buen camino de gradiente regular que nos llevó hasta la Carretera de Fuentes, en mal estado, como todos nuestros caminos, la cual seguimos hasta Capellades. Desde aquí continuamos por un mal camino, bastante precipitado, a Juan Viñas, en donde tuvimos el gusto de conocer un magnífico ingenio de azúcar de los señores Lindo Hnos., que es una instalación modelo en su género. Luz eléctrica, teléfonos, buenas casas dan una idea del progreso realizado por aquella simpática población, que además goza de un excelente clima.

El camino de Juan Viñas a la estación del ferrocarril baja suavemente por una de las paredes de la gran depresión circular en que se halla situada ésta; a las 14 horas tomábamos el tren para Cartago.

Renuevo mis más sinceros agradecimientos a don David Gutiérrez, quien tuvo para nosotros toda clase de atenciones, y a los señores don Efraim Gutiérrez y don Pedro Casasola, quienes nos acompañaron amablemente en todos nuestros viajes.

El naturalista Mociño

Por Rafael Heliodoro Valle

Elogio leído en la Sociedad «José Mariano Mociño», de la Escuela Nacional Preparatoria de México, en la sesión del 30 de julio de 1921.

(Envío del autor).

Sin tiempo para contaros algo nuevo acerca de José Mariano Mociño Suárez de Figueroa, cuyo centenario de muerte conmemoramos este año, y bajo cuya advocación os habéis reunido en tan fraternal consorcio, elevaré unas palabras en loor del sabio desventurado cuyo nombre es galardón de gloria en los anales de la ciencia hispanoamericana y cuya sombra es paladión familiar de vuestro entusiasmo.

(1757-1821).—En el antiguo Reino de Guatemala que, con México antes era «todo uno», los estudiosos recuerdan con admiración el nombre del ilustre botánico de la Real Expedición de Nueva España, cuyo «Tratado del Niquilite y Añil de Guatemala» fue anotado en la Sociedad Económica por el Dr. Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea (1). La expedición enviada por este virreinato al Istmo centroamericano tuvo la simpatía de los que en aquella época creaban allá la tradición de Amor y de Ciencia, y es así como el sabio pudo traer a su regreso magníficos ejemplares de aquella flora y fauna, entre ellos el *Pharomacrees Mociño* (2) o *Psittacus Mociño* (4), el quetzal versicoloro, que sus contemporáneos el naturalista Pablo de la Llave (3) y el Padre Teresa y Mier (4) ensalzan en sendas prosas. Fué Mociño ayudado allá en sus labores por Goicoechea, el maestro que dió en Guatemala las primeras lecciones de Física y Química, por una taxidermista que recordó en justa loanza el sapiente guatemalteco Rodríguez Luna (2), por otro estudioso egregio, don José del Valle, que estuvo en México y se cartaba con el Conde de Peçchio y Humboldt, y por su cordial amigo el impresor Ignacio Beteta (5). Hablando de Mociño el Barón ponderó sus «penosas excursiones desde el Reino de Guatemala hasta la costa N. O. o la isla de Vancouver y Quadra» (6) y llamó botánicos distinguidos a él y sus compañeros Sessé y Cervantes. Este viaje científico es una piedra blanca de la civilización hispanoamericana, tan recordado como el de Malaspina y José de Bustamante al estrecho de Fuca (1792) visitando las costas del Pacífico americano y como la expedición de José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas en el Reino de la Nueva Granada. Vendrán después las giras de Humboldt y Bonpland y la expedición francesa que fué de México a Centro América (1863), pero la de nuestros naturalistas tiene el prestigio de haber abierto la brecha a los nuevos exploradores, así como el rastro de las carabelas de los primeros aventureros de la conquista sirvió de estela a los argonautas que en el soneto herediano columbran como halcones volantes la gloria de las estrellas desconocidas.

La Real Orden del 15 de septiembre de 1794 enviada al Virrey de Nueva España disponía que la expedición botánica pasase dos años a las islas de Barlovento y costas de Guatemala para estudiar la riqueza natural de dichas comarcas: el Dr. Martín Sessé y Lacoste, como director, Mociño y José Longinos Martínez como botánicos, el pintor Juan Vicente de la Cerda y don Julián del Villar (7).

Don José Mariano había sido un ilustre alumno de la Universidad del virreinato de México, y como médico y botánico había recorrido las Californias y visitado el forullo (8) (9) (10) (11) (12). La expedición en que iba a sobresalir, comenzó sus tareas en 1795, después de recorrer las provincias de Oaxaca, Tabasco y Chiapas. Llegaron hasta Punta Arenas (Costa Rica) y consta que aquellas Cajas Reales (por ejemplo la de Nicaragua) entregaron fondos a los naturalistas (13). En San Salvador había terremotos y Mociño, que ya podía considerarse vulcanólogo, visitó aquella provincia e hizo un estudio, y dice el cronista que su humilde fortuna quedó sepultada en aquellas ruinas, de donde para salvar sus vestidos tuvo que hacer excavaciones. En Guatemala fue comisionado para reconocer un mineral de azogue («de azufre» dice Carreño) (7) y se consagró también a la cura de los leprosos, que los obispos no confirmaban por temor al contagio; observó la cultura y preparación del añil (14) que le valió las gracias del Rey (9); analizó las aguas potables del Reino y se consagró al estudio de la flora que «escribió él solo» (16). La flora de Guatemala (16) cuyo manuscrito (183 páginas en latín) (17) formado por él con multitud de descripciones, índices, apuntes, listas y memorias que sería largo enumerar (10) en 1858 se hallaba, según Colmerio (17), Director del Jardín Botánico de Madrid, en los archivos de aquel Instituto; y qué trofeo añadiría Centro América a su panoplia científica si lograrse restaurar la obra del sabio mexicano y la ilustrasen algunos de los dos mil dibujos que de la Cerda delineó en la travesía para iluminarlas al regresar a la Península.

Fué Mociño Director del Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde enseñó Zoología, con la colaboración de su paisano y amigo de la Llave. El pobre don José Mariano, que un día se cubrió de llagas en su gira a California, que tuvo una vida tempestuosa de hogar y que estuvo preso en Francia cuando la invasión napoleónica, regresó a Madrid en 1820, se hospedó en casa de su antiguo amigo don Jacobo de Villaurrutia, el de gratísima memoria en Guatemala y México, y a poco murió (12). Sobre su recuerdo ha caído la melancolía de un siglo y hoy su nombre es pronunciado con reverencia por las almas agradecidas, como debiera serlo el del taxidermista Martínez que llegó a México (1787) y las Californias, hizo el recorrido de la costa de Guatemala, donde se distinguió diseccionando aves, peces e insectos, dió lecciones públicas de Botánica en aquella capital y estableció un Gabinete de Historia Natural; luego pasó a Yucatán y Campeche, donde murió (1803) (8).

Mientras brille el sol, altanero y espléndido, el *Pharomacres Mocinno*, el nombre del sabio será evocado desde la tierra de Nutka hasta la de Punta Arenas. Como en el elogio del P. Pallais a otro sabio «las flores le enseñaron la gracia de brindarse en perfume y los minerales la dicha de ofrecerse en transparencia». Feliz su alma que pasa por las vuestras inclinada sobre el seno ardiente de la Naturaleza, oyendo el canto sibilino de la orquídea pomposa que da temas al dibujante, como a las monjas para sus encajes la escarcha en las ventanas monasteriales de que hablara Rodembach, o sintiendo el embeleso del coleóptero que se derrumba en tornasoles después de beber luna en las copas del guácimo.

Muchas gracias, mis nobles amigos, por lo gentil de vuestra invitación para esta noche memorable, y que vuestro entusiasmo y cariño al sabio se traduzca en horas de contemplación, mientras se eleva en paraje visible, a la sombra del muro torvo y junto a la fuente suave, la estatua que adeuda al hombre olvidado, de bronce con pátina como su tenacidad o de mármol con yedras como su vida proba, pero mostrando la frente oprimida por un melancólico laurel.

Bibliografía

- (1) JOSÉ MARIANO MOZIÑO.—Tratado del Niquilite y Añil de Guatemala, dedicado a su Real Sociedad Económica por D. José Mariano Moziño, Botánico de la Real Expedición de N. E., con notas puestas por el Dr. Fr. José Antonio Goycochea. Año de 1799. (Manila). Imprenta Filipina, por la Sociedad Económica de las Islas, 1826. 3-92 pp.
- (2) JUAN J. RODRÍGUEZ LUNA.—El Quetzal.—Pharmacocres Mociuno de la Llave.—*Diario de Centro América*, Guatemala, 1.º de mayo de 1912.
- (3) PABLO DE LA LLAVE.—Quetzaltototl.—En el Apéndice al «Diccionario Universal de Historia y de Geografía», México. (1856) Tomo III. (Hay unas notas a dicho artículo en las páginas 180-1).
Ornitología. Memoria sobre el Quetzaltototl, género nuevo de aves.—*Registro Trimestre o Colección de Memorias de Historia, Literatura, Ciencias y Artes*.—México, 1832, tomo I, pp. 43-9.
- (4) SERVANDO TERESA Y MIER.—Historia de la Revolución de Nueva España, etc.—Londres, 1813, tomo II, pp. XXXVI.
- (5) JOSÉ MARIANO MOZIÑO.—Prospecto de una obra intitulada *Medicina Popular*, que ha de publicarse en México por D. José Mariano Moziño.—*Gazeta de Guatemala*, 2 y 25 de octubre de 1802, tomo VI, suplementos números 279 y 282.
- (6) ALEJANDRO DE HUMBOLDT.—Ensayo Político sobre el Reyno de la Nueva España (traducción de González Arnao), París, 1822, tomo I, pp. 231.
- (7) ALBERTO MARÍA CARREÑO.—Noticia de Nutka. Diccionario de la Lengua de los Nutkeses y Descripción del Volcán de Tuxtla por Joseph Mariano Moziño Suárez de Figueroa precedidos de una noticia acerca del Br. Moziño y de la Expedición Científica del Siglo XVIII. México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1913. (Publicación de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) 117 pp. (La *Gazeta de Guatemala*, vols. VII y VIII, 1803-4 publicó las «Noticias de Nutka»).
- (8) JOSÉ MARIANO BERISTÁIN Y SOUZA.—Biblioteca Hispano-Americana Setentrional, etc.—América, Tip. del «Colegio Católico», 1883, tomo II, p. 314.
- (9) Diccionario Universal de Historia y Geografía, etc.—México, 1851, Tomo V, pp. 582-3.
- (10) FRANCISCO SOSA.—Biografías de mexicanos distinguidos. Mexico, Tip. de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. 656-59.
- (11) FRANCISCO PIMENTEL.—Obras completas de D. Francisco Pimentel, México, 1903, tomo IV, p. 375.
- (12) LUIS G. URBINA, HENRÍQUEZ UREÑA Y RANGEL.—Antología del Centenario. México, 1910. Primera parte, vol. II, pp. 833-6.
- (13) Archivo Nacional de México, Sección «Historia», vol. 465.
- (14) JOSÉ ANTONIO ALZATE.—Memoria Acerca del Cultivo del Añil, en *Gazeta de Literatura*, México, 1789, N.º 2, p. 14.
- (15) RICARDO RAMÍREZ.—Reseña de la Expedición de Historia Natural dirigida por Martín Sessé, 1890. En «Flora Mexicana» A. Martino Sesse et Josepho Mariauno Mociño. Edittio Segunda.—México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894, pp. V-XI.
- (16) LEOPOLDO FLORES.—El Estudio Farmaco-Dinámico de las Plantas Mexicanas.—México, 1910, p. 12.
- (17) NICOLÁS LEÓN.—Biblioteca Botánica Mexicana, etc.—México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885, pp. 189-191; 323-40.
- (18) MIGUEL COLMEIRO.—La Botánica y los Botánicos de la Peninsula Hispano-Lusitana.

Recuerdos de un viaje a Chirripó

Por Gastón Michaud

Con dos días de anticipación preparamos un viaje a Chirripó, don Pío Acuña, don Edwin Acuña, don Mateo Carranza y yo. Don Pío esperaba descubrir las minas de esmeraldas que, según datos históricos recogidos por él, existen en esa región.

Salimos el último domingo del mes de marzo, por el tren de Limón hasta Turrialba y tres horas después caminábamos hacia Tuis, lugar al cual llegamos a las 19 hs. bastante mojados, pues había llovido sin interrupción.

Al día siguiente llegaron don Francisco Jiménez y don Roberto Quirós, quienes radican en «La Suiza» y que tomaban parte en nuestra expedición. Además nos acompañó el joven don Ricardo Sanabria, que vive en Tuis. Con estas adiciones la caravana quedó completa y no nos quedaba más que alistar las cargas respectivas. En Turrialba nos esperaba el indio Rogelio López, nuestro baquiano que había venido a encontrarnos.

Listas las bestias, salimos rumbo al «Higuerón» lugar en que debíamos dormir. Llegamos no sin molestias, pues el peón que traía las bestias de carga, tomó unas copas de licor, y las abandonó en una casa que quedaba en el camino para que nosotros nos devolviésemos por ellas. Aproximándose la noche y no apareciendo el peón, los jóvenes Sanabria y Acuña, fueron en su busca pero con resultados negativos. Mojados hasta la coronilla regresaron y se vieron obligados a secar la ropa para dormir, pues la de remuda venía dentro de la carga que traía el peón.

Al día siguiente fui con los jóvenes mencionados en busca de la carga, la que encontramos mojada y cubierta de barro. Nos la llevamos para el «Higuerón» y después de limpiarla y repartirla entre los indios cargueros, partimos hacia Chirripó.

En esta primera jornada pude apreciar lo que son los caminos en estos lugares, aparte de que, no hay más que pequeños «trillos» o senderos, que en vez de faldear las montañas, pasan por la cúspide, acertando el camino, sí, pero haciéndolo muy penoso. Para pasar los ríos no hay ni una viga que sirva de puente; esto traía sus correspondientes molestias, como la de andar todo el día con los zapatos húmedos.

Después de siete horas de caminar, llegamos a un lugar llamado «Pacuare», en que vimos el primer palenque de indios. Nos indicó luego el señor Acuña el río que debíamos pasar para trasladarnos al rancho que nos debía abrigar durante la noche. El río era el «Pacuare» que mide no menos de 70 metros de ancho

y con una corriente imponente. Si alguna compañía costarricense o extranjera se formase para la explotación agrícola de éstas riquísimas tierras, el río «Pacuare» está indicado para suministrar la fuerza motriz, no sólo a las explotaciones, cualesquiera que sean, sino también al ferrocarril eléctrico que pondrían a estas regiones en comunicación con el mundo civilizado.

Supuse que habríamos de pasar el río por dentro, pero don Pío, conocedor de estas regiones, me dijo que no me preocupase, que teníamos una hamaca para pasar. Efectivamente, doscientos metros más abajo había una, hecha por los indios, la cual admiré mucho por ser construída de puro bejuco. Este trabajo es una verdadera obra de arte, ya que en este lugar el río no medía menos de 60 metros de ancho, y la hamaca resistía el peso de tres personas. Encontramos del otro lado del río el rancho, en que pasaríamos la noche. Después de preparar algo para comer y un buen huacal de café, nos acostamos.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino. En todo el día no encontramos nada de particular, y, muy mojados, llegamos a Chirripó. En este lugar nos llevó el indio baquiano a casa del indio Rosendo Reyes, que nos facilitó para hospedarnos, un rancho que tenía a medio hacer. Con poco trabajo terminamos de taparlo con hojas de palma.

Este rancho era grande y cómodo y delante de él hicimos un techo para cocina.

Al amanecer, preparábamos ya los planes del viaje, cuando llegó el indio baquiano a decirnos que no podíamos partir hasta que bajara el río, porque estaba muy crecido. Acto continuo, fuimos don Pío y yo hasta el río y notamos que, efectivamente, no podíamos pasarlo sin correr grandes peligros. Era necesario permanecer unos tres días en este lugar.

Cada cual empleó su tiempo en lo que le fue más útil; unos remendaban ropa, otros lavaban; yo me dediqué a estudiar a mis vecinos los indios.

El indio chirriposeño es haragán y vago, detesta el trabajo y deja que la mujer lo haga todo. Mientras el hombre duerme, la mujer va a grandes distancias a buscar plátanos, tal vez con un recién nacido amarrado a la espalda con un «mastate», (tela vegetal que obtienen de la corteza de un árbol). Trae racimos de este fruto para su familia y los cerdos. (El plátano lo llaman «curubí» en su dialecto).

Lo único que me pareció interesante en el indio, es su habilidad extraordinaria en el manejo del arco y de las flechas. El indio Rosendo estaba preparando dos flechas cuando llegué a su rancho, le pregunté para qué las quería y me contestó que para cazar; le propuse que tirara una para ver su habilidad. Tomando su arco me indicó que nos fuésemos a una plantación de plátano,

y una vez en el lugar, requirió una flecha y me dijo que la pegaría en una mata de plátano que no quedaba a menos de cincuenta metros de distancia. Apuntó corto tiempo y la soltó: la flecha, después de describir un pequeño círculo por la fuerza del viento, hizo blanco en la mata, quedando metida hasta la mitad. Luego tomó otra, con la cual hizo lo mismo que con la primera, atravesando el vástago hasta la mitad.

El mismo día, entusiasmado por la destreza del indio Rosendo, llamé a un indio pequeño que apenas contaría con unos diez años de edad y le rogué tirase con el arco. Aceptó y pocos minutos después volvió con un arco y unas flechas y me pidió que le colocase un blanco; tomé un plátano verde que coloqué en un pequeño arbusto, y él, sin hacer observación alguna, tendió el arco y después de apuntar rápidamente soltó la flecha que fue a dar en el blanco en mitad del plátano, partiéndolo en dos partes.

Hé aquí una costumbre cómica: son áficionados a sobresalir, cuando menos por su nombre. Algunos van a Tuis, aprenden un nombre sonoro, que ruegan a cualquier persona les escriba en un papel, y cuando hay que bautizar algún niño se lo imponen. Les place sobre todo el nombre de los presidentes, de manera que cuando algún ciudadano llega al poder, poco tiempo después aparece un indio con su mismo nombre. Hay, en Chirripó, varios Ricardo Jiménez, Cleto González Víquez, Rafael Yglesias, Alfredo González y Federico Tinoco. Julio Acosta estaba de muy corta edad, pues había sido bautizado pocos días antes de nuestra llegada.

Advertí en ellos una marcada fuerza de observación: siempre están escuchando las conversaciones aunque no las puedan comprender, y disimuladamente siguen todos los gestos. Son desconfiados y también maliciosos.

Aprecian mucho las joyas. Una sortija, un collar de vidrio rojo, verde o amarillo, es para ellos algo de mucho valor, aun cuando no tenga para nosotros ninguno comercial. Con collares, sortijas y pendientes, se les pueden comprar arcos, flechas, huacales y otras curiosidades.

Las mujeres, todas en general, usan collares de vidrio rojo, verde o amarillo, con monedas de cinco y diez céntimos, de plata, colgando de los mismos collares.

Un día vimos llegar una gran procesión de indios que venían, unos a vendernos huevos y gallinas y otros aparentemente a hacernos una visita, pero, según noté después, esta visita era con el objeto de ver si les regalábamos algo. Serían unos veinticinco, más o menos, entre hombres y mujeres. Uno nos hizo reír: venía calzado, pero sin medias, vestía un pantalón de dril con una faja de cuero y un sombrero de paja seguramente adquirido en Turrialba. Lo cierto es que venía vestido de gala, tal vez de dos o

tres kilómetros de distancia a saludarnos, visita que consistió en apoyarse en un árbol y volvernos las espaldas durante tres o cuatro horas, sin moverse. Cuando todos se marcharon, él también nos dió la mano y nos dijo a cada uno por separado, las mismas palabras: «Adiós amigos», y se fué.

El alimento principal del indio es el plátano. Lo comen en distintas formas, de él hacen una «chicha» muy apetecida. Toman una gran cantidad de plátano que ponen a sancochar y luego los extienden al sol, y una vez secos, los mojan de nuevo y hacen una pasta que colocan en grandes cubas de madera. A los tres días está fermentada. Toman un puñado de esta pasta y la disuelven en un huacal de agua. Esto y unos cuantos cogollos de pacaya asados, constituyen la comida ordinaria del indio. Muy raramente comen carne, sólo cuando van de caza y traen algún venado, y también cuando pescan.

La pesca merece mención especial. Se hacen de unas flechas largas con dientes y de un arco, vanse a las orillas de los ríos, se sitúan en una piedra y aguardan largo rato: cuando aparece el pez disparan la flecha, la que después de atravesarlo se clava en el fondo del río. En seguida se lanzan al agua y extraen la flecha con el animal muerto.

Están siempre dispuestos a tomar cualquier bebida alcohólica; hasta los pequeños que apenas cuentan con seis o siete años toman licor como si fuese agua. Cuando van a Tuis a vender cerdos, su mayor placer consiste en tomar licor y llevarlo a Chirripó.

Tres días después de nuestra llegada, el baquiano nos dijo que ya al siguiente podíamos pasar el río.

Salimos hacia el «Talari», o sea el mismo río Chirripó, en sus cabeceras. Después de cuatro horas de caminar llegamos al lugar donde teníamos que pasar el río; nuestro baquiano nos mostró un árbol que hacía de puente. El paso no fué muy fácil y era algo peligroso.

Como a las 16 horas llegamos a un lugar denominado «Rancho de Juanita», mojados de pies a cabeza, pues nos había sorprendido una lluvia torrencial. Una vez cambiada la ropa y luego de comer algo quisimos dormir, pero el suelo era un charco, que fué menester cubrir con hojas de plátano.

La jornada del día siguiente no fué muy dura; tuvimos que caminar mucho, es verdad, pero no subir, pues el camino faldeaba el río y la pendiente era corta. Tarde ya, llegamos a un lugar donde los indios nos dijeron que teníamos que pasar la noche, pues más adelante no había agua. Una hora después estaba el rancho listo; como no llovía lo levantamos grande y cómodo. Un indio nos trajo unos palmitos que pusimos a asar, y con una sopa de avena hicimos una buena comida.

Salimos al día siguiente como a las 6 hs. más o menos y a

poca distancia del rancho, comenzó una gradiente muy fuerte que no terminó hasta las 16 hs., momento en que nos sorprendió una lluvia torrencial, que nos obligó a construir otro rancho. He de advertir que nos vimos obligados a detenernos, tanto por el agua, como por el frío intenso que nos impedía dar un paso adelante. Después de mucho trabajo logramos terminar nuestra construcción. Luego descubrimos, consternados, que no había diferencia en permanecer dentro o fuera del albergue, pues por todos lados caían goteras que en pocos minutos mojaron hasta la ropa de repuesto que habíamos sacado de nuestros sacos de hule.

Así, con la ropa húmeda, pasamos la noche sin dormir, pues el frío era insoportable. A media noche un indio se apoyó en uno de los palos que sostenían el rancho y éste se desquició cayéndonos encima. No fué sin gran trabajo que logramos reconstruirlo. Por fin otro de los indios, que seguramente ya no resistía el frío, trajo leña seca e hizo fuego, siendo esto nuestra salvación.

Temprano de la mañana nuestro compañero Sanabria hizo café y unas arepas de harina que nos volvieron a la vida. Luego salieron tres de nuestros compañeros en exploración, pues ya estábamos en el lugar en que se suponía se encontraban los yacimientos de esmeraldas. Desgraciadamente regresaron sin haber encontrado nada de nuevo. Debíamos volver hacia Chirripó.

Nos pusimos en camino, con mala suerte para mi compañero Sanabria y para mí. Marchábamos delante de los indios y en una cruzada del «trillo», nos perdimos. Después de gritar largo rato, contestaron nuestros compañeros y pudimos encontrarlos. Poco más o menos a las tres de la tarde, llegamos al rancho en que habíamos dormido la noche anterior.

Temprano salimos hacia Chirripó Francisco Jiménez, Ricardo Sanabria Edwin Acuña y yo caminábamos adelante; seguían don Pío, Mateo Carranza y los indios. Cuando llegamos al río quedamos sorprendidos al advertir que el árbol que nos había servido de puente no estaba en su lugar. Lo hallamos cien varas más abajo y no se ajustaba de orilla a orilla. Como el señor Carranza no podía pasar el río por dentro, lo trasladé a la ribera opuesta no sin las dificultades correspondientes, y en seguida corté un árbol que uní al anterior y fabriqué así un puente provisional por el que pasaron nuestros compañeros que llegaron poco después.

Como a las 17 hs. hicimos alto en Chirripó donde dormimos.

Al día siguiente, don Francisco Jiménez, don Ricardo Sanabria y yo nos pusimos en camino hacia Tuis. Don Pío, su hijo Edwin y don Mateo Carranza se quedaron para llevar a cabo otra exploración del lado de Talamanca. Nosotros habíamos ya terminado el tiempo de que disponíamos para nuestro viaje y dos días nos faltaban para llegar a Turrialba.

Esta jornada fué la más penosa, pues tuvimos que desandar

en un día lo que habíamos caminado en tres. Lo más lamentable fué el ayuno involuntario que nos impusimos en Pacuare, pues el indio que radicaba en este lugar había partido. Nuestro almuerzo consistió en unas papayas verdes y cargadas de tanino que encontramos por casualidad.

Seguimos nuestra ruta debilitados por la falta de alimento, affigidos por dolores de cabeza y con una lluvia torrencial. En el Higuerón nos dieron una succulenta comida. Ya desfalecidos continuamos hacia Tuis, a donde llegamos ya muy entrada la noche.

La región comprendida desde el Higuerón hasta el volcán Chirripó, dióme la impresión de una prodigiosa riqueza latente. Con pocas excepciones los terrenos sobrepasan en feracidad a los mejores que he visto y estudiado en la Meseta Central. Pero no solo por la fertilidad de sus valles sino también por sus inmensos recursos hidráulicos y por los millares de caballos de fuerza hoy perdidos, la región de Chirripó está llamada al mejor desarrollo. Las riquezas agrícolas y mineras esperan siempre buenos caminos para su explotación; y las riquezas hidráulicas en el mundo entero, constituyen el medio más eficaz para crear vías de comunicación, dando, a la vez, nacimiento a multitud de industrias agrícolas. En ellas más que en el petróleo, me parece que reside el porvenir de Costa Rica.

Apuntes históricos

por José Francisco Peralta (1)

I



Dr. don José Francisco Peralta

En estos apuntes me propongo recordar a grandes rasgos la situación de la Iglesia de Costa Rica durante la dominación española, y traer a la memoria de los lectores de esta Revista algunos personajes de corona y cerquillo que se han distinguido en las misiones de indios.

Antes de pasar adelante rendiré cumplido homenaje a las publicaciones históricas de don Manuel M. Peralta y de don León Fernández, que de mucho me han servido en la formación de este trabajo. He dispuesto también de algunos documentos inéditos y de otras narraciones que he podido procurarme.

En Madrid, a 29 de Noviembre de 1540, el Emperador Carlos V concedió a Diego Gutiérrez la Gobernación de Cartago. No es mi intento hablar de todas las aventuras y percances de Diego Gutiérrez. Me limitaré a lo que hace referencia a estos apuntes.

Gutiérrez quiso aprovechar el buen puerto que formaba el río Suerre en su desembocadura y fundó la ciudad de Santiago.

Fray Antonio de Valdivieso, Obispo de Nicaragua, fué encargado de la guarda espiritual de la provincia de Cartago. Una real cédula dispuso que el Obispo llevaría en su favor la cuarta parte de los diezmos que se obtuvieran y se le facultó para que nombrase cura de Santiago del Suerre al clérigo Francisco Bajo, que había acompañado a Gutiérrez en su expedición; pero es sabido que la ciudad no fué de ninguna duración y que por tanto no produjo diezmos ni primicias, por la razón de haber tenido que abandonarla su fundador, quien poco después pagó con su muerte los desmanes que cometió contra los naturales.

Más importante que el cura en ciernes de la ciudad de Santiago del Suerre, es el clérigo Juan de Estrada Rávago, compañero del Licenciado Juan de Cavallón, a quien Felipe II nombró Alcalde Mayor de Costa Rica.

En el mes de Octubre de 1560, Juan de Estrada Rávago salió de Granada, bajó por el Desaguadero al Atlántico y llegó con su gente al puerto de San Jerónimo (bahía del Almirante), en donde fundó la villa del Castillo de Austria. No pareciéndole aquel sitio muy a propósito, pasó la villa a las márgenes del río Suerre, la que también abandonó. El padre Estrada fué a unirse con Ca-

(1) El Doctor don José Francisco Peralta, autor de este trabajo, publicó en Bruselas una obra escasamente conocida entre nosotros: *La propiedad territorial en Costa Rica*, escrita en francés. Fué profesor de Economía Política en nuestra Facultad de Derecho, y su labor intelectual quedó dispersa en periódicos y revistas. Murió en París, el 4 de diciembre de 1900, a los 53 años de edad.—N. de la D.

vallón, quien, a su vez, había fundado la villa de Landecheo (conocida también con el nombre de Villa de los Reyes) y la ciudad de Castillo de Garci-Muñoz, que más tarde había de abandonar Juan Vázquez de Coronado para fundar a Cartago en el valle del Guarco.

Cavallón tuvo que dejar su empresa de Costa Rica por haber sido nombrado para desempeñar otro destino. El clérigo Estrada Rávago quedó encargado interinamente de la Alcaldía Mayor y fué muy respetado por los españoles y los indios.

El Cabildo de Carci-Muñoz nombró a Estrada Rávago, Vicario General de las provincias de Cartago y Costa Rica y le encargó que fuese a dar cuenta al Rey de lo que hasta entonces se había hecho en aquellos lugares, y a pedirle favores.

Tenemos, pues, conocido al que fué primer Vicario de la Iglesia de Costa Rica. El Rey confirmó ese título y concedió algunas prerrogativas a Estrada Rávago, lo que no debió dejarlo satisfecho, pues lo que él anhelaba era la erección del obispado y conseguir la mitra para ornar sus sienes.

Cuando el magnánimo Juan Vázquez de Coronado llegó a Costa Rica, el padre Estrada estaba de Alcalde interino. Es probable que Vázquez de Coronado no lo quisiera secundar en sus pretensiones al obispado, pues Estrada Rávago no miraba con buenos ojos al valiente explorador de Candelaria y Talamanca.

El Rey ordenó que Estrada Rávago podría disponer de los curatos de Costa Rica, pero la dirección espiritual de la provincia fué confiada al Obispo de Nicaragua, Fuentes. También asignó las dotaciones de que deberían gozar los curas y sacristanes.

El padre Estrada regresó de España a Costa Rica en 1566. Ocupaba entonces la Gobernación, Perafán de Ribera. Estrada Rávago se consagró de nuevo a pacificar y convertir indios, fundando iglesias entre ellos. En 1570 volvió a España con el cargo de procurador de la Provincia y con la esperanza de obtener el obispado en recompensa de sus muchos servicios. El Cabildo de Cartago y el Convento de San Francisco de la misma ciudad lo recomendaron al Rey; pero en la Corte solo halló dificultades para obtener lo que deseaba con tanto ardor, por lo cual, fatigado de trabajar inútilmente, se retiró a Guadalajara, su ciudad natal, y no volvió a Costa Rica. Los indios clamaban por su regreso, pero Juan de Estrada Rávago no quiso escuchar sus humildes súplicas, ni las de los frailes, ya no podía regresar a nuestro país con el báculo de obispo.

**

A Juan de Estrada Rávago sucedió en la Vicaría de Costa Rica Fray Martín de Bonilla, de la orden de Premoste. Fray Martín había acompañado en sus varias expediciones a Diego Gutiérrez, al Adelantado Vázquez de Coronado y a Perafán de Ribera.

El padre Martín trajo consigo a su sobrino Alonso, que sólo contaba diez años cuando llegó al país (1). Don Alonso sirvió en la provincia durante toda su vida y dejó una sucesión cuyos retoños aún hoy subsisten entre nosotros. Volviendo al padre Martín diré que desempeñó tranquilamente su Vicaría y que no tengo noticias de que repitiera las pretensiones del padre Estrada Rávago para la erección de la Sede Episcopal de Costa Rica.

(1) Alonso de Bonilla dejó un hijo único, que fué el famoso capitán Alonso de Bonilla, quien, el 15 de abril de 1686, a las órdenes de D. Juan López de la Flor, contribuyó activamente a rechazar la invasión de los piratas ingleses Mansfield y Morgan, atrincherándose en los montes de Turrialba y haciéndoles fuego desde ahí. El capitán Bonilla sí tuvo larga descendencia y es el progenitor de la familia Bonilla de Costa Rica.—N. de la D.

*
* *

Recordaré ahora a un fraile de mucho mérito, por el buen trato que dió a los indios y por el puesto que ocupó en el histórico Convento de San Francisco de Cartago. Me refiero a Fray Pedro Alonso de Betanzos, quien llegó a Costa Rica procedente de Guatemala, cuando Juan Vázquez de Coronado ocupaba la Alcaldía Mayor. El mismo Betanzos escribe al Rey: «... Pensé que el modo de conquista que él con sus soldados tenía era como los pasados, de matar y robar a estas pobres gentes, y por eso aceleré mi venida para les yr a la mano y hallé que su celo y modo de conquistar es tan bueno como el religioso que más celo tiene del bien y pro de estos naturales.» Sabido es que los frailes seguían de cerca los pasos de los conquistadores para informar al Rey de su conducta. Algunas veces esas informaciones se convirtieron en venganzas, como en nuestra misma provincia sucedió más adelante.

Durante la famosa expedición que Vázquez de Coronado hizo a *Couto* para librar a la hermosa *Dulcehe*, hermana del cacique de *Quepo*, con quien había hecho alianza, fray Pedro Alonso predicaba humildemente el Evangelio entre los indios de la vertiente del Golfo de Nicoya, teniendo por único compañero a un muchacho de servicio. Con su buen ejemplo atraía a los indios, y el gran conocimiento que tenía de sus dialectos diferentes le permitía pasar de un pueblo a otro sin dificultad de palabra.

En 1565 se fundó el Convento de Cartago de Recoletos.

Fray Lorenzo de Bienvenida, que había acompañado a Vázquez de Coronado en su viaje a España, consiguió en la Península trece religiosos de su orden para pasar a establecer misiones. Más felices que el Adelantado de Costa Rica — que ya volvía con el título de Gobernador, pero a quien sepultaron las olas, — los frailes llegaron a Cartago y establecieron el convento dicho.

La elección para primer prior recayó en la persona de fray Pedro Alonso de Betanzos, distinción que bien merecía por su prudencia, mansedumbre e ilustración.

Fray Pedro Alonso trabajó en Costa Rica durante treinta años. Murió en 1570 a una edad muy avanzada y en el ejercicio de su misión, cerca de Chomes. De todos es sabido que los restos de aquel venerable anciano se conservaron en el Convento de Cartago hasta 1841, época en que los confundió el terremoto de ese año.

*
* *

Voy a ocuparme ahora de otro personaje que renovó las pretensiones para la erección del obispado de Costa Rica.

Allá por los años de 1596, siendo Gobernador y Capitán General de Costa Rica y Nicoya don Fernando de la Cueva, se presentó fray Francisco Sánchez de Guido, de la religión de Santo Domingo, pidiendo que se le nombrara Jefe de la Iglesia de Costa Rica; y en un memorial que en 1600 envió a la Corte, alegaba en su favor los servicios prestados por su padre Miguel Sánchez de Guido, quien había pasado a Costa Rica en 1560 y desempeñado la Alcaldía Mayor, con ocasión del viaje de Juan Vázquez de Coronado a España.

El Gobernador de la Cueva murió en 1599 y la Audiencia de Guatemala nombró para sucederle a don Gonzalo Vázquez de Coronado, hijo del Adelantado de Costa Rica.

El nuevo Gobernador y el Cabildo de Cartago, que deseaban en lo posible la autonomía de la Provincia y su independencia espiritual de Nicaragua, recomendaron a fray Francisco, pidiendo para él «título de Abad de Costa Rica», por no poder la Provincia sostener un obispo.

El fiscal de la Corte, pidió informes al Obispo de Nicaragua, interesado directamente en este asunto, y al Presidente de la Audiencia de Guatemala, para ver «si en Costa Rica convenia Obispo o Abad y de qué hacienda se le podría pagar que no fuera de la real». Esto basta para decir que la petición de fray Francisco Sánchez de Guido corrió mala fortuna.

II

Antes de pasar adelante hablaré un poco de la situación de la Iglesia de Nicoya que no era otra que la del resto de Costa Rica y sobre la cual he pedido ver un curioso documento inédito de Pedro Venegas de los Ríos, que ocupó el puesto de Alcalde Mayor de Costa Rica de 1565 a 1568, año en que entró como Gobernador don Perafán de Ribera.

Los clérigos de los pueblos de indios de Nicoya, dice Venegas de los Ríos, hablando de las ceremonias religiosas, llevaban a los naturales por un bautizo una gallina, una candelá y un capillo; por desposorios dos gallinas y dos candelas; por las velaciones los principales pagaban dos pesos y los pobres medio peso, cuatro candelas, la esterilla en que se sentaban, el paño con que se cubrían la cabeza y las arras; por cada responso se debían dar cuatro gallinas y cuatro candelas.

Los curas viajaban de continuo por los pueblos de indios haciendo recaudaciones con el objeto de llenar sus trojas y corrales. Buen cuidado tenían en que los chorotegas no se olvidaran de los diezmos y primicias.

Los indios de Nicoya tenían la costumbre de dar algún regalito a *Tata Padre* en los días de fiesta. Venegas de los Ríos afirma que esa era la razón de que hubiera tantos días de guarda en aquel lugar, al extremo de pasar en mucho el número de días sagrados de España. Además, entre los indios se nombraban alguaciles para que recorrieran los pueblos pidiendo limosna para las misas de *requiem* del lunes, que el cura decía por las ánimas del purgatorio, llevando dos pesos por cada misa, y para la del sábado que se decía «a socolor de cofradía de Nuestra Señora».

* *

Aunque no tengan gran valor histórico, voy a ocuparme de algunos sucesos particulares que se refieren al asunto de que trato.

A causa de la pobreza de la provincia y de la escasa protección que hallaban, los frailes quisieron marcharse en 1576 a Filipinas, abandonando así el Convento de Cartago. El Gobernador Anguciana de Gamboa, para evitar su partida, los puso presos y aun se dice que los cargó de cadenas. El Jefe de la provincia franciscana de San José (que comprendía a Costa Rica y Nicaragua), dirigió sus quejas al Rey y le decía que lo que había hecho Gamboa con su arbitrariedad era llenar de escándalo a los indios.

Anguciana de Gamboa tuvo por ese hecho a los frailes de enemigos. Burlándose de un repartimiento de indios que hizo ese Gobernador, decían los misioneros «que entre la mazamorra que hizo había más pleitos que indios».

* *

En 1578, siendo Gobernador Diego de Artieda, fray Antonio de Zayas envió un informe al Rey, en que se queja del mal trato que se daba a los indios de Costa Rica, los que disminuían de una manera notable, a causa de «los malos tratamientos y extorsiones de los españoles». De ello, sin embargo, no era culpable el Gobernador Artieda, quien por sí solo no podía

hacer nada; al contrario, él fué uno de los que más trabajaron en provecho de la provincia. Artieda tenía por enemigos mortales a los tesoreros que no sufrían la vigilancia del Gobernador, y él creía también que los frailes lo acusaban falsamente. Artieda fué llamado a Guatemala, víctima de las calumnias, y no pudo volver a Costa Rica hasta 1588. Lo primero que hizo fué ponerse bien con los religiosos del Convento de Cartago, que de esta vez fueron sus amigos y lo recomendaron al Rey.

*
*
*

En 1586 había acaecido un hecho que no he de dejar pasar por alto: el asesinato que cometieron los indios en la persona del venerable fray Juan Pizarro, mercedario y primer misionero sacrificado por los indios de Costa Rica. Desde 1582 se le había confiado la doctrina de los indios de Quepo. Según lo que una relación cuenta, dicho fraile tenía por costumbre azotar a los indios tercios o perezosos para aprender la doctrina; y habiéndolo hecho un día con un hermano del cacique y otros dos indios principales, los indígenas se levantaron contra él y le ahorcaron, junto con tres muchachos cristianos que le acompañaban.

Su muerte se refiere de otra manera. Dicese que el Padre Pizarro predicaba el día de la Inmaculada en un pueblo de indios (sin duda Quepo) cuando una partida de éstos se abalanzó sobre él, lo desnudó y ató a un palo, en donde fué azotado y martirizado sin misericordia hasta darle muerte; hecho lo cual, arrojaron su cadáver a un barranco. El resultado viene a ser el mismo; lo probable es que los azotes que el anciano fray Juan recibiera, le fueron aplicados por vía de retorsión, aunque de una manera más terrible.

*
*
*

Es sumamente curiosa la relación que en el año 1610 hace de Costa Rica fray Agustín de Zeballos. Allí se describen las creencias, usos y costumbres de los que hoy llamamos Talamancas. No trasladaré aquí esa relación por estar publicada en el interesante libro «Costa Rica y Colombia» de donde he tomado gran parte de estas notas, lo mismo que de «Costa Rica, Nicaragua y Panamá», trabajos que han sido los primeros en sacar de la oscuridad lo referente a nuestra historia del período colonial.

*
*
*

Una nueva parroquia se estableció con la fundación de Santiago de Talamanca, fundada por el capitán Diego de Sojo, a orillas del Tarire (conocido hoy con el nombre de Sixola) en octubre de 1605.

En ese mismo año don Gonzalo Vázquez de Coronado dejó la Gobernación de Costa Rica y tomó posesión de ella don Juan de Ocón y Trillo, quien gobernó hasta 1610. Don Gonzalo, que conservaba el recuerdo de la famosa expedición de su padre al valle del Duy, celebró con la Capitania General de Guatemala una capitulación en virtud de la cual recibió el título de Gobernador del valle del Duy y de los mexicanos, con entera independencia del Gobernador de Cartago; pero don Gonzalo contaba a la sazón ochenta y ocho años y no le fué posible emprender nuevas expediciones.

El Capitán Sojo fué nombrado Teniente Gobernador de la Talamanca; mas, como este asunto no es de mi propósito tratarlo no me detendré en describir la corta pero floreciente vida de la ciudad de Santiago, la que fué incendiada por los indios el 29 de Julio de 1610.

De paso diré que don Gonzalo, rendido por el peso de los años, bajó al sepulcro en 1611.

*
**

Recordé hace poco a fray Juan Pizarro, primer misionero sobre quien los indios descargaron su furor. Poco tiempo después, en 1617, un nuevo ejemplo del encono de los indios se presenta a nuestra vista: el pueblo de Ayoaque se subleva y da muerte a su padre doctrinero fray Rodrigo Pérez. Verdad es que si los naturales estaban mal dispuestos tenían para ello sobrada razón: el Gobernador Juan de Mendoza y Medrano había hecho varias entradas a los pueblos sin autorización ninguna del Rey ni de la Audiencia, en las cuales no fué por cierto el imitador de Juan Vázquez de Coronado; pues cometió graves excesos contra los talamanca, couctos y otras parcialidades, por cuyo motivo, huyendo de los españoles, los naturales se internaron en las montañas, y cometieron varios delitos, contándose en el número el asesinato de fray Rodrigo. No está por demás decir que la Audiencia de Guatemala hizo conducir preso ante ella a Juan de Mendoza y Medrano.

*
**

Don Gregorio de Sandoval ocupó el puesto de Gobernador en 1636. Pocos gobernadores tan laboriosos como él contó la provincia de Costa Rica: fué quien, el año mismo de su entrada a la Gobernación, abrió el camino de Cartago a Matina, habilitando esa rica comarca y dando salida al comercio por el río. Aquella medida aprovechó en gran manera a la provincia, pues los vecinos de Cartago hicieron sus siembras de cacao en el valle de Matina. Ese fué el origen del cultivo del cacao, que por dos centurias constituyó el principal ramo de nuestra agricultura nacional. Como el mismo Gobernador lo dice en una carta al Rey, con los derechos de almojarifazgo que producía el puerto de Matina se pagaban los sueldos del Gobernador, curas y sacristanes, sin tener necesidad de ocurrir a la real caja de Nicaragua. Durante la Gobernación en que me ocupó se efectuaron importantes expediciones al pueblo de los votos, ahora generalmente conocido con el nombre de *guatusos*; dichos indios habían tributado y servido anteriormente a los habitantes de Esparza. La autorización para conquistar de nuevo las provincias del Duy y de Guaimí, fué denegada a Sandoval. Por lo que hace a lo religioso, el Gobernador Sandoval construyó en Cartago la iglesia del Convento de San Francisco y la Parroquia, destruidas después por los temblores; hizo construir también varias iglesias entre los indios. Su actividad no se limitó a ese género de edificios, puesto que dotó a Cartago de casas para cabildo y carnicerías. En cuanto a caminos hizo varios, a más del importantísimo de Matina.

ERRATA: En la pág. 131, donde dice «Alonso de Bonilla dejó un hijo único, que fué el famoso capitán Alonso de Bonilla», LÉASE: «Alonso de Bonilla dejó un hijo único, Martín, que fué padre del famoso capitán Alonso de Bonilla».—N. de la D.

La jura de D. Luis I

Por Ricardo Fernández Guardia

(Tomado de "Crónicas Coloniales")

Fray Diego Caballero, guardián del convento de San Francisco de Cartago, estaba muy atareado el 24 de diciembre de 1724 con los preparativos que en su iglesia se hacían para celebrar dignamente la Navidad, cuando se le acercó un indio y le entregó una carta después de besarle con mucho respeto la mano. La misiva era de fray Miguel Hernández, cura, doctrinero del pueblo de Ujarraz, y el guardián comenzó a leerla distraído; pero a medida que avanzaba en la lectura, su semblante iba reflejando un interés creciente. Leyó por segunda vez con gran reposo, y habiendo llamado a fray Andrés Capellazo, que dirigía el aderezo de un altar, se fué con él al claustro para mostrarle la carta. Al enterarse de su contenido, fray Andrés se quedó suspenso mirando al guardián. Al cabo de un rato le dijo:

—¿Qué piensa vuesa paternidad de este suceso?

—Pienso que no conviene decir nada todavía. Se trata quizás de una ilusión de fray Miguel.

—Me parece que vuesa paternidad piensa muy bien.

Sin decir más, los dos franciscanos regresaron a la iglesia para reanudar su tarea y no volvieron a hablar del asunto hasta después de la Navidad. En su carta, fray Miguel comunicaba al guardián que a las diez de la noche del 23 de diciembre las campanas de la iglesia de Ujarraz habían tocado por sí solas, acontecimiento que lo tenía muy preocupado. Esa iglesia, una de las mejores de Costa Rica en aquel tiempo, era el santuario de Nuestra Señora de la Concepción, protectora y defensora de la provincia, que la había salvado de los piratas en 1666 y cuya milagrosa imagen, enviada según la tradición por el emperador Carlos Quinto, se custodiaba en Ujarraz desde los tiempos de la conquista. El guardián y fray Andrés, después de haber departido largamente, convinieron en seguir callando el hecho para no alarmar al vecindario; pero el 7 de enero de 1725 una nueva carta de fray Miguel vino a alborotar el convento y en seguida la ciudad. Relataba en ella que el 31 de diciembre anterior, a las once de la noche, las campanas habían tocado por segunda vez misteriosamente, repitiéndose el hecho el 6 de enero después de medianoche. La confusión y alarma que estas noticias causaron en Cartago fueron muy grandes y nadie dudó de que esos toques eran anuncio de alguna calamidad. La previsión no tardó en realizarse. El 15 de enero, a las diez de la noche, el gobernador D. Diego de la Haya Fernández tuvo aviso de que el río Paz había inundado repentinamente la iglesia y el pueblo de Ujarraz, ignorándose la suerte que hubiesen corrido los habitantes. En el acto organizó dos cuadrillas de jinetes para que fuesen por distintos caminos a socorrerlos, y en la madrugada del siguiente día salió él mismo con otra, teniendo la satisfacción de encontrar sanos y salvos a fray Miguel y sus feligreses, a pesar de haber penetrado el agua una vara en la iglesia y las ca-

sas. Más de dos mil personas se juntaron en Ujarraz para adorar a Nuestra Señora de la Concepción y por unanimidad se resolvió llevar la sagrada imagen a Cartago, donde fué colocada en la parroquia y se le cantaron misas todos los días, sacándola repetidas veces en procesión y rezándole por las noches rosarios y letanias. Dos años antes había sido igualmente traída a la ciudad con muchos honores, el 23 de febrero de 1723, cuando la gran erupción del volcán Irazú.

El gobernador había recibido, desde el 16 de noviembre de 1724, una real cédula en que se le comunicaba la abdicación de D. Felipe V en favor de su primogénito D. Luis I y la hizo publicar en Cartago, la ciudad del Espíritu Santo de Esparza y todos los valles de Barva, a son de cajas de guerra, clarines y tiros de fusil; pero en vista de lo muy riguroso de la estación de aguas, dispuso aplazar la jura del nuevo rey hasta el 21 de enero del año siguiente, a fin de que la solemnidad resultase más lucida con el buen tiempo. Tanto el gobernador como los vecinos juzgaron que la presencia en Cartago de la milagrosa imagen habría de contribuir poderosamente a este lucimiento, y se acordó seguirle tributando honores hasta que terminasen las fiestas reales que se habían venido preparando. Comenzaron éstas en la mañana del 20 de enero de 1725, poniendo el estandarte real en el corredor del cabildo, bajo dosel y en un sitio custodiado por una guardia de honor. Por la tarde, don Diego de la Haya, los sargentos mayores don Pedro José Sáenz, don José de Bonilla y don Manuel de Alvarado, el capitán Teodomiro Arias y demás vecinos principales de Cartago y los Valles, todos a caballo, fueron a casa del maestre de campo de la provincia don Francisco Bruno Serrano de Reina, quien había sido designado para sacar el estandarte real a falta del alguacil mayor, porque desde 1718 estaba extinguido el cabildo de la ciudad. Lo acompañaron luego a la plaza y allí se formó la comitiva. La precedían los tambores, clarines y chirimías, en seguida cabalgaba el maestre de campo con el estandarte, llevando a su derecha al teniente general de gobernador don Pedro José Sáenz, y a su izquierda a don Manuel de Alvarado, teniente de oficiales reales; en seguida venía el gobernador espada en mano, a la cabeza de cuatro filas de reformados. Después de dar una vuelta a la ciudad, la comitiva regresó a la plaza, donde una tropa de infantería, mandada por el sargento mayor don José Fernández Castellanos, simuló el ataque de una fortaleza. Terminado el simulacro, se dirigieron todos los concurrentes a la iglesia parroquial, en cuya puerta aguardaban el cura y vicario don Diego de Angulo Gascón, el clero, el guardián de San Francisco y sus religiosos. Habiendo echado pie a tierra, el maestre de campo entregó al vicario el estandarte, que fué colocado en un sitio y bajo dosel en el presbiterio, donde ya estaban puestos los retratos de don Felipe V y don Luis I, muy adornados. Se cantaron visperas solemnes y, concluidas éstas, el clero y los franciscanos se unieron a la comitiva para acompañar a su morada al maestre de campo, quien obsequió con un abundante refresco a toda la concurrencia. Por la noche se iluminó la ciudad, se dispararon tiros y se tocaron tambores y clarines.

El 21 en la mañana hubo en la parroquia misa cantada; en que tomaron parte los mejores músicos de Cartago, un sermón del padre don Antonio de Guevara, procesión del Santísimo Sacramento dentro de la iglesia y manobras militares en la plaza. Después el vicario devolvió el estandarte real al maestre de campo y éste, con toda la comitiva, fué a colocarlo de nuevo

bajo el dosel erigido en el cabildo y obsequió otro gran refresco en su casa. Por la tarde se congregaron todos en la plaza a caballo, se volvió entregar el estandarte al maestro de campo y hubo otro paseo por la ciudad, regresando a la plaza donde se había construido el tablado para la jura. Subieron a él el maestro de campo, asistido del gobernador y los cuatro reyes de armas, que lo eran don Pedro José Sáenz, don José de Bonilla, don Manuel de Alvarado y don Antonio de Soto y Barahona, y éstos reclamaron el silencio con las voces de costumbre. Se adelantó entonces don Francisco Bruno Serrano de Reina con el estandarte real y tremolándolo en alto clamó por tres veces consecutivas: «¡Cartago, Cartago, Cartago, Castilla y las Indias por don Luis I!» Al mismo tiempo, él y los demás que estaban en el tablado arrojaron a la plaza puñados de reales de plata que el pueblo recogía lleno de júbilo al grito de «¡Viva nuestro rey don Luis I!» a la vez que la tropa descargaba sus fusiles. A continuación el maestro de campo, con la comitiva, paseó el estandarte a caballo por todas las calles de la ciudad y sus arrabales, vitoreando al nuevo rey y disparando pistolas. Al anochecer fué depositado el estandarte en la sala capitular y hubo después una cena rumbosa en casa del maestro de campo, quien generosamente sufragó los gastos de todos los festejos durante los dos primeros días.

El gobernador se hizo cargo de los del 22. A la salida de una misa cantada en la parroquia obsequió con una merienda en su casa a todos los que en ella se presentaron, y a la tarde hubo en la plaza una escaramuza de caballería, ejecutada por cuatro cuadrillas de diez hombres cada una y mandadas por don Antonio de Soto y Barahona, D. Juan Sancho de Castañeda, D. Manuel de Alvarado y D. Juan Francisco Marín Laguna; en seguida se corrieron algunos toros. Don Manuel de Alvarado fué el mantenedor de las fiestas del día 23. Comenzaron con la misa cantada de costumbre y en la tarde se corrió sortija en la plaza y se dieron premios de cintas a los más diestros, terminando con un refresco general. El 24 los habitantes de los valles de Barva hicieron encierro y corrida de toros por la mañana, y a la tarde una escaramuza de cuatro cuadrillas montadas, siendo sus capitanes D. Pedro y D. Francisco Jiménez, Sebastián de Sandoval y Nicolás de Alfaro, terminando la fiesta con otra corrida de toros.

El 25 tocó hacer el gasto al sargento mayor D. Juan Francisco de Ibarra. En la mañana hubo encierro y corrida de toros con estafermo, y por la tarde escaramuza de cuatro cuadrillas a caballo, dos con disfraces de negros y negras, y las otras dos de indios e indias, que maniobraron muy bien a las órdenes del ayudante Francisco Montoya, teniente José Picado, sargento Francisco Roldán y Antonio de Umaña. Para terminar se jugaron alcancias y se corrieron cañas y toros. Don Manuel de Alvarado dirigió las fiestas del día 26, por encargo del sargento mayor D. Antonio de Utrera. Hubo toros en la mañana y se corrió sortija por la tarde. Los mulatos pardos de la Puebla de los Angeles festejaron el día 27 corriendo cañas y ejecutando una escaramuza con cuatro cuadrillas montadas y vestidas de moros y españoles, que mandaban el alférez Tomás Camino, Tomás Calvo, Domingo de Mesa y Nicolás Barrantes. A ruego de D. Francisco Garrido se encargó también D. Manuel de Alvarado de dirigir los festejos del 28 con D. Antonio de Barahona. Se corrió sortija por tercera vez.

El 29 era el día señalado para la escaramuza de los indios de Barva, Aserri, Pacaca y Curridabat, y para alguna otra fiesta que debían hacer los

de San Juan de Herrera, Coó, Quircó y Tobosí. Dirigidos por el gobernador, los de los últimos cuatro pueblos construyeron dos barcos de madera y cañas montados sobre ruedas, con sus mástiles, jarcias y velas que resultaron muy bonitos. Los cañones fueron suplidos con mosquetes y se confió el mando de cada tripulación a un español entendido. Los indios de los Valles hicieron su escaramuza en dos cuadrillas, una con trajes españoles y la otra disfrazada de indios de la montaña con sus pinturas y plumas. Al terminar el simulacro de guerra, aparecieron por los costados de la parroquia y en dirección de la plaza los dos barcos, uno con gallardete moro y el otro de España. Cuando se avistaron, el español disparó un tiro pidiendo bandera y echó al viento la suya. El moro hizo lo mismo y se trabó al combate entre las dos naves, con todas las peripecias que suelen ocurrir en luchas de esta clase, hasta llegar al abordaje. Este espectáculo, nunca visto por los asistentes, fué muy del gusto de todos y los indios se llevaron la palma en los festejos de la jura, que terminaron en la tarde del 30 con la comedia *Afectos de odio y amor*, que los vecinos de los Valles representaron en el patio de la casa de don Diego de la Haya, precedida de una loa compuesta por éste y relativa a la abdicación de D. Felipe V.

Cuando en Cartago se celebraba con tanto regocijo y rumbo el advenimiento al trono de D. Luis I, hacía ya varios meses que el joven rey yacía en el panteón del Escorial, por haber muerto de viruelas el 31 de agosto de 1724.

A los ciudadanos patriotas y a las damas de Costa Rica

Buenos Aires, octubre 29 de 1921

Un sentimiento de intenso anhelo de hispanoamericanismo me indujo hace ya diez y siete años, a fundar en la ilustre y prestigiosa Universidad de Compostela-España, una Biblioteca eminentemente americana y un Museo anexo, que a la vez fuera Sala de Conferencias, para divulgar en mi Patria de origen cuanto bueno ha producido y tiene el continente de Colón. De esta suerte habrá de arraigarse necesariamente el afecto sincero de nuestros pueblos de origen común, culminando sin antagonismo la grandeza de cada Patria como testimonio de gratitud a los que la fundaron.

La Biblioteca «América» que hoy cobija la Universidad compostelana, quiere ser, además, Templo de esos afectos, reuniendo en su seno las banderas de cada país americano y los bustos fundidos en bronce de sus próceres más eminentes.

La República Argentina, la del Uruguay, Chile y Ecuador, han respondido ya a estos patrióticos anhelos. La primera, por medio de sus hijas, regaló la bandera nacional, primorosamente bordada, y los bustos de San Martín, Moreno, Rivadavia, Mitre y Avellaneda; en la misma forma, el Uruguay, regaló la bandera y los bustos de Artigas, Lavalleja, Rivera, Oribe, Zorrilla de San Martín y Rodó, estos dos últimos como los representantes más eminentes de las letras uruguayas; Chile, la bandera y el busto de O'Higgins; y el Ecuador el del Dr. Espejo, ilustre revolucionario del Siglo XVIII.

Llego hoy hasta vosotros, como fundador de la Institución, pidiéndoos concedáis a la Universidad de Santiago el honor de amar vuestras glorias y unir las allí en cariñoso consorcio con las de los demás pueblos hermanos.

Los gobiernos de América lo hicieron ya en parte, ubicando algunos bustos en el edificio de la Unión Americana. Tal vez al ser colocados sobre sus pedestales los manes de los próceres habrán sentido frío, porque allí no existe, no puede existir el calor del afecto que no se extinguirá jamás en la Sala de la Biblioteca «América» de la Universidad de Santiago de Compostela.

Damas y patriotas de Costa Rica: imitad a las argentinas, a las uruguayas, a las chilenas y ecuatorianas. Por la Unión efusiva, por la confraternidad hispanoamericana.

GUMERSINDO BUSTO

¡Tres pesos por línea!

Un autor que se hace pagar.

El creciente valor de la producción intelectual argentina, es un indicio de cultura, que debe satisfacernos tanto como los signos de nuestro progreso material.

Ha pasado ya el tiempo en que los hombres de letras tenían que solicitar como un favor el que se publicaran sus libros o se representaran sus obras, con reducido y hasta sin ningún beneficio para ellos.

Aun así el contrato que acaba de celebrar la «Editorial Bayardo», importante empresa porteña, con el doctor G. Martínez Zuviría, para adquirir el derecho de publicar su última novela inédita, *El Amor Vencido*, es tan extraordinaria, que no creemos que haya ningún escritor, salvo quizás Blasco Ibañez, que por la edición de volumen en español perciba la suma de tres pesos por línea, lo que hace aproximadamente treinta mil pesos por la obra.

He aquí el contrato, que publicamos a título de curiosidad, y para estímulo de los escritores.

Buenos Aires, Octubre 13 de 1921.

Art. 1.º—La «Editorial Bayardo», Sarmiento 865, adquiere del Dr. G. Martínez Zuviría, Galería Guemes 560, el derecho a publicar con el seudónimo de Hugo Wast, su novela *El Amor Vencido*.

Art. 2.º—La «Editorial Bayardo», hará una edición en *La Novela del Día*, de cien mil ejemplares, y treinta ediciones de mil, cada una en volumen, de 2.50, en la «Edición Libertad».

Art. 3.º—La «Editorial Bayardo» pagará al Dr. G. Martínez Zuviría, al ponerse en venta, tres pesos m/n, por cada línea impresa, que resulte en el volumen de la «Edición Libertad», en cuerpo 10, a medida 18.

Art. 4.º—El segundo episodio de esta novela, con el título de *El Amor Invencible*, será adquirido por la «Editorial Bayardo», en las mismas condiciones, debiendo ser entregado por su autor en Diciembre del corriente año.

Art. 5.º—El derecho de adaptación teatral y cinematográfica de estas novelas, no se incluyen en este contrato.

Firmado en dos ejemplares:

G. Martínez Zuviría

Editorial Bayardo

LA NOVELA DEL DÍA se asegura así el privilegio de ofrecer a sus lectores una gran novela inédita, de un autor hacia el cual se orienta decididamente la preferencia del público.

Las novelas naturalistas o psicológicas, tan en voga hace veinte años, han cansado con su crudeza o su pesadez a los lectores, que ahora prefieren las novelas de sentimiento y de acción, como lo demuestra en Francia el éxito clamoroso de los libros de Pierre Benoit.

Dentro de esta tendencia de la novela moderna, EL AMOR VENCIDO, de Hugo Wast, con su argumento original y vigoroso, escrito en el estilo inconfundible de su autor, puro y transparente, será un acontecimiento literario.

LA INDUSTRIA NACIONAL MEJOR MONTADA

Cada compra que haga Ud. en "EL LABERINTO" es una economía de ORO para la Nación

TELAS:

Céfiros y Cotines
Driles
Paños de mano
Chales de Algodón

Revise el borde
y vea si son legítimos

Todos los Tejidos
de
EL LABERINTO
llevan en el borde
los colores
de la Bandera Nacional

No destiñen, son fuertes
y elegantes.

**E
L
L
A
B
E
R
I
N
T
O**

JABONES
EXTRA
SUPERIORES

Su calidad y precio
compiten
con cualesquiera otros

MADERAS:

El mejor y más completo
ASERRADERO
: : de la República : :

Depósito permanente
de

MADERAS

Compañía Industrial, EL LABERINTO

APARTADO No. 105

::

TELEFONO No. 254

SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.